OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR ESTE SELLO

Cuidados y movilidades femeninas en América Latina. Breve guía para lecturas iniciales
Herminia Gonzálvez Torralbo
Menara Guizardi (eds.)

Voces desde la arena. Historia de mujeres olvidadas en la industria del salitre (Tarapacá 1850 – 1879)
Sergio González Miranda

La perspectiva de género como método de argumentación jurídica en las decisiones judiciales
Carola Paz Rivas Vargas

En el cabaret del cobre. La mina y el sacrificio del erotismo
Jimena Silva Segovia
Pablo Zuleta Pastor
Estefany Castillo Ravanal
María Constanza Castro Molinare

Visita nuestro catálogo online
www.rileditores.com

Este libro tiene como horizonte entregar un material de apoyo para la formación de nuevas generaciones interesadas por la relación entre antropología y envejecimiento. Presentamos una guía sintética que introduce los debates sobre el envejecimiento en diálogo con la antropología clásica, con foco en la producción latinoamericana y chilena. Nos enfocamos en las investigaciones antropológicas, sosteniendo una perspectiva transversal de género que recupera también otras disciplinas.

Tres ejes temáticos conforman este texto. Iniciamos con los abordajes antropológicos de la vejez en los autores considerados «fundacionales» para la disciplina, revisando el funcionalismo francés, el estructural funcionalismo británico y el culturalismo norteamericano. Continuamos con la revisión de los enfoques vinculados con el interaccionismo simbólico, a la escuela de «Cultura y Personalidad», y el «problema» de la integración de las personas mayores a la «modernidad». También incursionamos en la emergencia del campo crítico sobre envejecimiento en la antropología anglófona desde la década de 1980. Finalmente, realizamos una revisión sistemática de los principales temas tratados en los estudios sobre envejecimiento en Brasil, México, Argentina y Chile a partir de 1990, con énfasis en este último país.

Los procesos demográficos están obligando a varios países latinoamericanos a replantear sus concepciones sociales, culturales y políticas sobre la vejez. Por lo mismo, en los próximos años, las ciencias sociales serán convocadas a incluir este tema como un eje formativo fundamental.

RiL editores

ISBN 978-956-01-1484-6
9 789560 114846

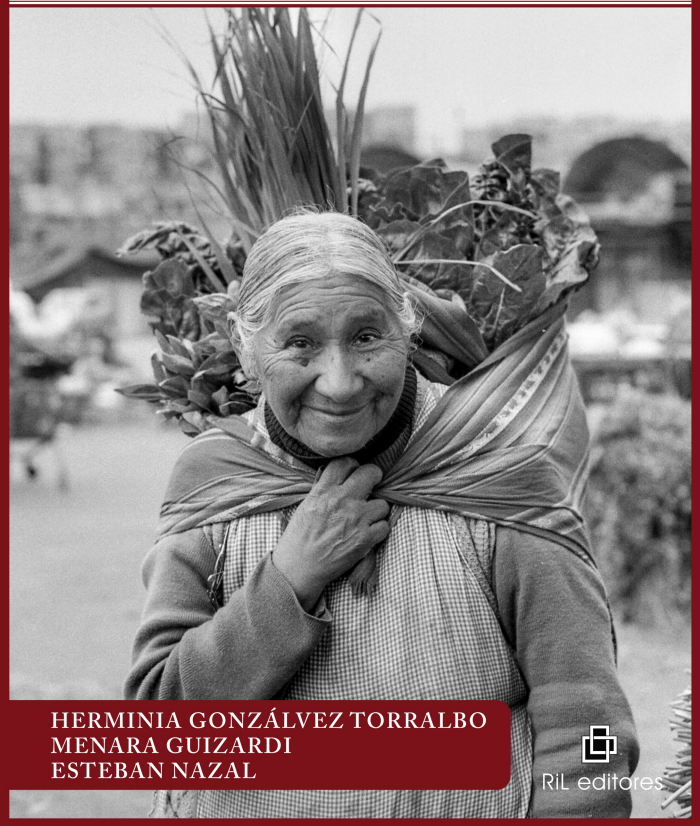
Herminia Gonzálvez Torralbo • Menara Guizardi • Esteban Nazal

ANTROPOLOGÍA Y ENVEJECIMIENTO

RiL

ANTROPOLOGÍA Y ENVEJECIMIENTO

Guía de lecturas para la formación académica



HERMINIA GONZÁLVEZ TORRALBO
MENARA GUIZARDI
ESTEBAN NAZAL

RiL editores

Herminia Gonzálvez Torralbo
Trabajadora Social por la Universidad de Alicante (España) y Antropóloga Social y Cultural por la Universidad Miguel Hernández (España). Máster en Migración, Refugio y Relaciones Intercomunitarias por la Universidad Autónoma de Madrid, y doctora en Antropología Social y Diversidad Cultural por la Universidad de Granada (España). Académica en la Universidad Central de Chile. Sus temas de investigación son las desigualdades de género en la migración y en organización social de los cuidados.

Menara Guizardi
Cientista social y posgraduada en Ciencias Humanas y Desarrollo Regional por la Universidade Federal do Espírito Santo (Brasil). Máster en Estudios Latinoamericanos y doctora en Antropología por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Investigadora adjunta del Conicet (Argentina) e investigadora externa de la Universidad de Tarapacá (Arica, Chile). Sus temas de investigación son las fronteras, género, migraciones, racismo y exclusión social.

Esteban Nazal
Antropólogo social por la Universidad de Chile. Estudiante de Magíster en Comunicación Política de la Universidad de Chile. Docente asociado al Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado. Sus temas de investigación son la migración y la violencia en productos audiovisuales.

Antropología y envejecimiento.
Guía de lecturas para la formación académica

Herminia Gonzálvez Torralbo
Menara Guizardi
Esteban Nazal

Antropología y envejecimiento

Guía de lecturas para la formación académica

RiL editores

612.67 Gonzálvez Torralbo, Herminia
G Antropología y envejecimiento: guía de lecturas para la formación académica / Herminia Gonzálvez Torralbo, Menara Guizardi, Esteban Nazal. – – Santiago : RIL editores, 202X.

108 p. ; 23 cm.
ISBN: 978-956-01-1484-6

1 ENVEJECIMIENTO. 2 VEJEZ-ASPECTOS SOCIALES.

Esta investigación fue financiada por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile a través del proyecto FONDECYT *1201115.*

ANTROPOLOGÍA Y ENVEJECIMIENTO.
GUÍA DE LECTURAS PARA LA FORMACIÓN ACADÉMICA
Primera edición: mayo de 2023

© Herminia Gonzálvez Torralbo, Menara Guizardi, Esteban Nazal, 2023
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 2023-A-1528

© RIL® editores, 2023

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
(56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
(56) 32 274 6203
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores
Imagen de portada: Claudio Casparrino, Arica (Chile), 2019.
Primera Revisión de Gramática y Estilo: Edison Pérez

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1484-6

Derechos reservados.

Índice

Introducción. Por dónde empezar
Menara Guizardi y Herminia Gonzálvez Torralbo 9

Capítulo 1. Abordajes clásicos del norte global (1890-1960)
Menara Guizardi, Esteban Nazal y Herminia Gonzálvez Torralbo 31

Capítulo 2. Desenlaces anglófonos (1960-2020)
Herminia Gonzálvez Torralbo, Esteban Nazal y Menara Guizardi 55

Capítulo 3. Debates latinoamericanos
Esteban Nazal, Herminia Gonzálvez Torralbo y Menara Guizardi 73

Epílogo
Herminia Gonzálvez Torralbo, Esteban Nazal y Menara Guizardi 99

Autoras y autor 105

Introducción

Por dónde empezar

Menara Guizardi
Herminia Gonzálvez Torralbo

Desafíos formativos[1]

En 2020 iniciamos un proyecto de investigación sobre las experiencias de envejecimiento de las personas con 60 años o más en la comuna de Peñalolén, localizada en la Región Metropolitana de Santiago, en el centro de Chile[2]. Esta era nuestra segunda investi-

1 Agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, que financia este capítulo a través del proyecto Fondecyt 1201115 («Género y vejez: una etnografía sobre la organización social y moral de los cuidados en la comuna de Peñalolén, Santiago de Chile»).

2 Chile está compuesto por 16 unidades territoriales denominadas «regiones», que están a cargo de un/a gobernador/a electo por voto. Las regiones se subdividen en provincias (a cargo de un delegado presidencial) y estas, a su vez, en comunas (dirigidas por un alcalde). La «Región Metropolitana de Santiago» está subdivida en 6 provincias y 52 comunas, entre ellas «Santiago» que, con varias otras comunas adyacentes, conforman el área metropolitana de Santiago o «el Gran Santiago», la capital nacional.

gación acerca de esta temática. Entre 2016 y 2019 realizamos una etnografía comparada en otras tres comunas de esta misma región: Independencia, Santiago Centro y Providencia (Gonzálvez & Guizardi, 2021). No es nuestra intención aquí recuperar los hallazgos de estos estudios, sino lo que sucedió en el proceso de conformación de los equipos de trabajo de estos proyectos.

La incorporación de jóvenes investigadoras fue uno de los hitos más importantes y, también, más ricos de la etapa inicial de estos estudios. Tras la selección llevamos a cabo, en ambos proyectos, un momento formativo, socializando al equipo en los debates antropológicos acerca del envejecimiento y en las herramientas metodológicas a ser usadas en nuestras incursiones etnográficas. Esteban Nazal, antropólogo con quien realizamos diversos estudios, coordinó con nosotras este proceso en el segundo proyecto.

La experiencia de trabajar con gente joven y recién graduada nos llevó a una constatación «curiosa», por decirlo de alguna manera. Pese al interés de las personas que seleccionamos en las temáticas de nuestras investigaciones, sus formaciones acerca del envejecimiento eran incipientes, en los mejores casos, o inexistentes, en los más frecuentes. Hemos trabajado con jóvenes egresadas de diferentes universidades chilenas; en ninguna de ellas nuestras colaboradoras pudieron acceder a una formación de temática (en sus estudios de grado) en esta materia. Pero no se trataba únicamente de la falta de cursos sobre antropología del envejecimiento en las mallas curriculares; también identificamos una ausencia de materiales didácticos que ofrecieran una inducción más general a este campo de estudios.

A pesar de ser muy desconcertante, esta realidad no es una excepcionalidad de la antropología chilena. Ella se debe a un proceso histórico internacional de invisibilización del envejecimiento en las ciencias sociales (Gonzálvez & Guizardi, 2020). Es debido a los sesgos «edadistas» —perjuicios interpretativos según los cuales la vejez sería una etapa decrépita, de pérdida de atractivos, capacidades e importancia social— que, en la mayor parte de los países latinoamericanos, las formaciones antropológicas sigan tratando al envejecimiento como un asunto menor.

Desde nuestra perspectiva, estas tendencias formativas caminan a «contramano de la historia». Los procesos demográficos están obligando a varios países latinoamericanos a replantear sus concepciones sociales, culturales y políticas acerca de la vejez. Estamos atravesando un momento específico de transformación de las mentalidades sobre el tema.

En los próximos años, las ciencias sociales serán convocadas a incluirlo como un eje formativo fundamental. Este pequeño libro se anticipa a esta realidad y busca ofrecer un camino incipiente a la inclusión de estos debates, específicamente en la formación antropológica.

Pero ¿por qué estamos tan seguras de que el envejecimiento será prontamente un tema investigativo estrella?

Envejecimiento y transformación social

Las discusiones acerca del impacto del envejecimiento se convirtieron en un asunto central de la agenda antropológica del Norte Global desde los años 90. Esta década fue caracterizada por procesos de neoliberalización de los Estados, por la destrucción o reducción de los aparatos públicos de protección social (donde los había), y la imposibilidad de crearlos (donde no) (Aguirre, 2005, 2008; Carrasquier, Torns, Gil & Díaz, 1998; Huenchuán, 2018). La desaparición de un conjunto de instituciones, que permitían atender las necesidades sociales más básicas, se potenció con la persistencia de la ideología (incluso entre funcionarios/as y gerentes gubernamentales) de que el mejor *cuidado*[3] es entregado por las mujeres de las propias familias —y que es su obligación hacerlo gratuitamente— (Arriagada, 2011).

[3] El cuidado es un concepto polisémico, que integra el complejo conjunto de actividades que permiten la reproducción de las sociedades y grupos sociales. Para operacionalizarlo, contemplamos la definición de Glenn (2010), que lo articula con tres tipos de actividades. Primero, el *cuidado directo* dirigido a las personas, el cual incluye la atención física (alimentación, baño, aseo), emocional (escuchar, hablar, ofrecer consuelo) y los servicios para ayudar a la gente a cubrir sus necesidades físicas y emocionales (comprar comida, ir de excursión) (Glenn, 2010). Segundo, el *mantenimiento físico* de los espacios en los que la gente vive (cambiar la ropa de cama, lavar la ropa, limpiar el suelo, tareas en estrecha relación con el trabajo doméstico). Tercero, el *fomento de las relaciones*

En el segundo lustro de los 90, la situación fue empeorando en Norteamérica y Europa hasta perfilar una crisis de gran envergadura. Además de la reducción de la protección social de carácter público, y de la ausencia de una redistribución equitativa de los trabajos del cuidado entre los géneros, otros elementos fueron confluyendo para potenciar un desequilibrio social: 1) las bajas tasas de natalidad; 2) el aumento del porcentaje de personas mayores sobre el total poblacional; 3) el crecimiento de la esperanza de vida; 4) la disminución de la población económicamente activa; y 5) la salida masiva de las mujeres de clase media al mercado laboral. En conjunto, estos factores aumentaron exponencialmente el número de personas mayores demandando cuidados, pese a la disminución progresiva de población en edad económicamente activa capaz de suplirlos (de forma remunerada o no remunerada). Se hizo notorio, por lo tanto, un desbarajuste macroestructural entre las capacidades de los Estados, de las familias, del sector privado y de las comunidades y las necesidades sociales del cuidado. Este desbarajuste viene siendo denominado, desde entonces, «la crisis de los cuidados» (Pérez-Orozco, 2006, p. 7).

A principios del siglo XX, estas tendencias empezaron a acentuarse en América Latina y el Caribe. Según estimaciones de Naciones Unidas, en 2030, 17 % de la población de la región tendrá más de 60 años; en 2050, este porcentaje aumentará al 25 % (Cafagna *et al.*, 2019, p. 7). Chile es uno de los más afectados por estas transformaciones. Desde la primera década del actual siglo, el país se encuentra en un proceso avanzado de transición demográfica (Córdova, Escobar, Rincón & Chaparro, 2022, p. 189). Persisten las bajas tasas de natalidad, combinadas con un aumento progresivo de la esperanza de vida, que accede a 82,8 años entre los hombres y 84,5 entre las mujeres (Córdova *et al.*, 2022, p. 190). Como consecuencia, vemos el incremento sostenido de la proporción de población mayor sobre el total de habitantes. En 2022, Chile presentó un 18,1 % de personas mayores, pero se proyecta un 32 % para 2050, una tasa 7

y conexiones sociales entre las personas, usualmente conocido como «trabajo de parentesco» (Glenn, 2010, p. 5).

% superior a las proyecciones generales latinoamericanas (Instituto Nacional de Estadísticas [INE], 2022). Actualmente, 83,6 % de las personas mayores en Chile tienen entre 60 y 79 años, mientras el 26,4 % tiene 80 años o más.

Este cuadro de envejecimiento, sostenido y acelerado, se entrecruza con el hecho de que la amplia mayoría (cerca del 70 %) de las personas que han logrado jubilarse formalmente en el país no logra vivir de su jubilación, y sigue trabajando hasta edades muy avanzadas (Gonzálvez & Guizardi, 2021). El porcentaje de personas mayores que ni siquiera cuentan con una jubilación formal es también muy elevado (Gonzálvez & Guizardi, 2021). Los altos costes históricos de los servicios de salud, la inexistencia de un sistema nacional de cuidados integral y los crecientes valores de la vivienda, transporte y alimentación vienen empujando a las personas mayores en Chile a cuadros de sostenida precariedad vital (Gonzálvez & Guizardi, 2021). Sin embargo, esto no es todo. Estos procesos están también marcados por patrones de desigualdad de género, que van agravando las vulnerabilidades enfrentadas por las mujeres en la medida en que envejecen. Sobre esto, habría al menos cuatro aspectos que subrayar.

Primero, la población mayor de 60 años en Chile es la más feminizada con respecto a otros grupos etarios, con un 58,6 % de mujeres y 41,4 % de hombres (da Silva, Gonzálvez & Nazal, 2021). Segundo, el porcentaje de hogares con jefe/a de hogar de 60 años o más aumentó del 24,9 %, en 2000, al 36,3 %, en 2017 (Ministerio de Desarrollo Social y Familia de Chile [MINSO], 2018); no obstante, la proporción de hogares con jefatura femenina es progresivamente mayor entre los grupos de más elevada edad (MINSO, 2018). Tercero, la mayor parte de los hogares que tienen personas mayores como jefe/a de hogar están constituidos como «familias monoparentales» (con un solo liderazgo adulto); las mujeres de 60 años o más son una mayoría amplia entre quienes lideran familias de este tipo (MINSO, 2018). Cuarto, 68,8 % del trabajo de cuidados no remunerado, desempeñado por la población de 15 años o más, es realizado por mujeres (INE, 2015); estas tareas parecen no ser opcionales, pues el 94,3 % de quienes las desempeñan son ellas; las

mujeres con 60 años o más destinan en promedio 5,1 horas diarias (media jornada) a estas labores, mientras los hombres entregan 2,7 (Comunidad Mujer, 2021, pp. 9-10).

Todas estas realidades no hicieron sino dramatizarse desde 2020. La experiencia cotidiana de las personas mayores sufrió grandes cambios globalmente, debido a los impactos de la pandemia sobre estos sectores poblacionales, los cuales constituían grupos prioritarios de riesgo (Córdova *et al.*, 2022). El contexto pandémico potenció aún más los desbarajustes entre las demandas de cuidados y la capacidad de los Estados, del sector privado y de la propia sociedad de responder a estas necesidades (Córdova *et al.*, 2022, pp. 182-283). En varios países de América Latina —Chile entre ellos—, las familias terminaron haciéndose cargo de estos desacomodos, con grandes efectos para las mujeres mayores.

Se trata, entonces, de un cuadro problemático a escala nacional, que demanda políticas públicas integrales e intersectoriales y que, además, convoca a una perspectiva crítica acerca de los *sistemas sexo-genéricos*[4] y las formas heterogéneas como los distintos grupos sociales acceden a los derechos en Chile. *Son temas sobre los cuales la antropología puede y debe contribuir*.

De la inquietud a la propuesta

Fue precisamente considerando estos panoramas (internacionales, regionales y nacionales), y dada nuestra experiencia al formar equipos de investigación, que nos surgió una *inquietud*: crear un material de apoyo para la formación de las nuevas generaciones. Una guía sintética que introdujera los debates concernientes al envejecimiento, dialogando con la antropología clásica, pero centrándose en la producción latinoamericana y chilena; enfocándose en las

[4] En términos antropológicos, Rubin (1975) propone el término *sistema sexo-genérico* para denominar la forma en que cada sociedad establece la relación entre las distinciones supuestamente naturales entre los sexos, y las construcciones culturales sobre los roles, los mandatos, los cuerpos, las identidades y el acceso al poder.

investigaciones antropológicas, y, además, sosteniendo una perspectiva transversal de género que recupera también otras disciplinas.

Así fue como nació la *propuesta* de este libro. En las páginas que siguen, les presentamos una *guía de lecturas iniciales sobre los abordajes del envejecimiento en la antropología social y cultural*. Las dos autoras (Herminia y Menara) y el autor (Esteban) hemos sumado nuestras experiencias como docentes de antropología para confeccionar este material. Conviene, no obstante, tejer algunas explicaciones conceptuales para afrontar la lectura de esta obra.

Primero, no es nuestra intención ofrecer una reconstrucción enciclopédica, de todo cuanto se haya dicho antropológicamente, referida a la vejez y las experiencias de las personas mayores. Nos guía aquí una tarea mucho más puntual, pero no por ello menos importante. Los capítulos de este libro están pensados como un primer acercamiento al tema; fueron escritos para quienes están aún cursando las carreras de antropología. Por supuesto que hay muchas temáticas que no abordamos cabalmente. Seguramente, quienes quieren especializarse en el campo deberán profundizar en cada una de las líneas de estudio que sintetizaremos. Aun así, este pequeño manual será una brújula útil para empezar a abordar el asunto y para mapear las publicaciones existentes.

Segundo, es fundamental aclarar que el «envejecimiento» corresponde a un proceso vivido por todas las personas, independientemente de sus edades, debido a que a partir del momento en que nacemos, iniciamos el proceso de envejecer que solo cesa con la muerte. Sin embargo, pese a que todas y todos envejecemos, la forma en cómo lo hacemos es muy heterogénea.

Depende, por ejemplo, de nuestras estratificaciones socioeconómicas, del acceso a la educación formal, del ámbito territorial en que nacemos y crecemos (si es rural o urbano), del acceso a infraestructuras básicas (agua potable, electricidad, sanidad primaria), de nuestros desplazamientos (nacionales o internacionales), de nuestros géneros, de nuestras inserciones productivas, de nuestras nacionalidades, y de las discriminaciones étnico-raciales que sufrimos en nuestros entornos. Por ello, existen múltiples maneras de envejecer, y estas

son atravesadas por factores de desigualdad que generan grandes asimetrías entre distintos grupos sociales y personas.

En este libro estamos muy atentos a estas dimensiones, contextuales y situacionales, del envejecimiento durante todo el curso de vida de las personas. No obstante, nos centramos específicamente en *el proceso vivido por las personas que son consideradas «viejas» en sus respectivos grupos sociales*. La definición de quién es o no parte de este grupo cambia en cada contexto; además, varía también en cada uno de ellos a lo largo del tiempo. En la medida en que la expectativa de vida va aumentando, vamos ensanchando los límites etarios que definen a las personas de mediana edad. Asimismo, las percepciones culturales, relacionales, simbólicas y sociales acerca del envejecimiento no siempre corresponden con las definiciones y criterios establecidos por los Estados-nación. Estos últimos suelen usar como eje definidor de la vejez la definición jurídica de la edad jubilatoria (un índice bastante limitado, como veremos en los capítulos 2 y 3[5]).

Tercero, considerando lo anterior, es imprescindible reflexionar críticamente sobre las formas de nombrar a estas personas. Los conceptos «adulto mayor» y «persona mayor» se vienen utilizando internacionalmente en las últimas dos décadas, en el marco de las políticas públicas, en los medios de comunicación y en las ciencias de la salud y sociales. Estas expresiones asocian el envejecimiento al ejercicio de derechos sociales y humanos, y buscan transformar ciertos marcos valóricos; son usados para sustituir términos como «viejo», «anciano» o «senescente», que suelen tener significados peyorativos. En nuestras investigaciones, preferimos la expresión «personas mayores». No obstante, en los capítulos que siguen recuperaremos otros usos, buscando con ello explicitar las herramientas conceptuales adoptadas en las obras que revisamos, y con cuyos argumentos dialogamos —ya fuera para refutarlos, reformularlos o recuperarlos parcialmente—.

---

[5] En Chile, en términos formales, se considera que son personas mayores las mujeres con 60 años o más y los hombres con 65 años o más (Gonzálvez & Guizardi, 2021).

Es decir, al tratar textos de otros momentos históricos, en los cuales no había una reflexión crítica relativa al impacto de expresiones discriminadoras del envejecimiento, nos pareció que sería incorrecto sustituir las categorías elegidas por los y las autoras. Apostamos, así, por recuperar estas expresiones para mostrar los cambios semánticos en la manera de denominar la vejez en el debate antropológico.

Cuarto, este libro constituye una *revisión sistemática*. Esta última implica tanto un género de redacción particular como un proceso metodológico específico. Su finalidad es, por una parte, «examinar la bibliografía publicada y situarla en perspectiva» y, por otra, «realizar una investigación sobre un tema» en que se «discute la información relevante y necesaria» (Torres-Fonseca & López-Hernández, 2014, p. 394). En este sentido, lo que se busca es ofrecer «un estudio detallado, selectivo y crítico» que permite conformar «una perspectiva de conjunto» (Torres-Fonseca & López-Hernández, 2014, p. 394). Por lo mismo, este libro está metodológicamente construido a partir de la revisión secundaria de otros estudios, los cuales constituyen su «unidad de análisis» (Torres-Fonseca & López-Hernández, 2014, p. 394). A través de esta revisión, buscamos identificar qué se conoce acerca del tema elegido, «qué se ha investigado, cuáles son los avances más destacados en un periodo de tiempo determinado» (Torres-Fonseca & López-Hernández, 2014, p. 394).

Tres recortes orientaron nuestra revisión. Primero, *el temático*: como dijimos anteriormente, el tema que nos convoca es el envejecimiento; nos enfocamos en los estudios de caso antropológicos sobre el fenómeno, pero recuperamos también algunas publicaciones de otros campos de las ciencias sociales. Segundo, *el espacial*: nos acotamos a la producción clásica de las escuelas francesas, inglesa y estadounidense; a la escuela moderna y contemporánea anglófona y a cuatro países latinoamericanos específicos (Brasil, México, Argentina y Chile). Tercero, *el temporal*: trabajamos en cuanto a las producciones publicadas, predominantemente, entre 1860 y 1960 en el primer capítulo, entre 1960 y 2020 en el segundo, y entre 1990 y 2020 en el tercero.

Para seleccionar los trabajos a ser leídos, realizamos una búsqueda bibliográfica inicial, utilizando de manera articulada cuatro palabras clave: «envejecimiento», «antropología», «ciencias sociales». Para la revisión de los estudios en Argentina, Brasil, México y Chile (que sintetizaremos en el capítulo 3), estas búsquedas fueron utilizadas separadamente para cada uno de los cuatro países de nuestra muestra, centrándonos en las producciones en inglés, castellano y portugués[6].

Hemos repetido las búsquedas en las bases de datos pertenecientes a: 1) la Biblioteca electrónica de la Pontificia Universidad Católica de Chile; 2) la Biblioteca Digital de la Universidad de Chile; 3) la Biblioteca Digital de la Universidad de Tarapacá; 4) la base de datos de Clavirate, responsable por el Web of Science (WOS), base de indexación que reúne a revistas científicas internacionales; y 5) la plataforma Google Académico. Dicha revisión se realizó entre los meses de abril y agosto de 2020, arrojando una primera muestra de 160 textos, entre los cuales se encontraban artículos científicos, capítulos de libros, libros y tesis (de grado y posgrado). No hemos recopilado los informes producidos por agencias nacionales o supranacionales, dado que nuestra intención era revisar específicamente trabajos investigativos basados en estudios de caso.

Entre agosto de 2020 y enero de 2021 revisamos estos textos agrupándolos por país, en orden creciente de fecha (por décadas) y por las temáticas abordadas. En este proceso, fuimos recortando aquellas obras que repetían tema, perspectivas y abordajes, buscando constituir un mosaico sin reiteraciones. Entre enero y marzo de 2021, volvimos a revisar los textos seleccionados, redactando síntesis temáticas de cada uno de ellos.

Ahora bien, la forma en cómo les iremos guiando en estas lecturas está conformada a partir de un marco interpretativo particular:

---

[6] No profundizamos en la literatura producida en otros idiomas, como el alemán o francés, que no hayan tenido traducciones al inglés, portugués o castellano. Esto no implica que los trabajos producidos en aquellas lenguas no fueran relevantes para el campo. No obstante, para profundizar en los debates que influenciaron la antropología latinoamericana, y de cara a construir recortes plausibles para el ejercicio de análisis propuesto, nos centramos en obras con más influencia en la región.

se respalda en una hipótesis crítica referente a la relación entre la antropología y el envejecimiento, como explicamos a continuación.

Nuestra hipótesis

El ejercicio que proponemos en este libro dialoga con obras previas que recopilaron, sistematizaron y analizaron la producción antropológica acerca de la edad y la vejez (Keith, 1980; Cohen, 1994; Feixa, 1996; Ramos, 2013). Partimos de sus contribuciones, recuperando las lecturas sugeridas, los hitos teóricos subrayados, sus propuestas de agrupación de argumentos y teorías, y su visión crítica acerca de estas tendencias. No obstante, nuestro estudio difiere de los precedentes porque analizamos y agrupamos los trabajos revisados buscando mostrar cómo las miradas y perspectivas antropológicas sobre el envejecimiento estuvieron influidas por las visiones de la alteridad que se hicieron hegemónicas en distintos momentos.

La relación que los antropólogos clásicos —mayormente hombres, provenientes de los países europeos, y realizando trabajo de campo en territorios coloniales— establecieron con las personas mayores fue central para la operacionalización de sus etnografías, aunque no recibió la atención teórica debida. Esto solo empezó a cambiar a mediados del siglo XX, cuando los y las antropólogas del Norte Global pasaron a dedicarse con más detenimiento a sus propias sociedades. Entonces, se inició una visibilización lenta y progresiva de las experiencias de las personas mayores, pero asumiéndose su marginación social de forma naturalizada; como una realidad tácita.

Observando estos desenlaces, partimos de la hipótesis de que *hay un entroncamiento entre la construcción del concepto de alteridad y de etnicidad en la antropología, las visiones naturalizadas en la disciplina en torno a los ciclos vitales y sobre las funciones sociales de las personas en cada uno de estos ciclos*. Fue buscando este entroncamiento que revisamos el tratamiento dado por las diferentes escuelas antropológicas a la vejez, enfocándonos específicamente en la producción de alteridades *en* y *a partir de* la disciplina. Para

que estos propósitos se comprendan, es necesario considerar dos clarificaciones teóricas.

Primero, comprendemos que las identidades (étnicas, nacionales o incluso profesionales) no pueden ser asumidas como unidades en sí mismas, pues ellas no están adscritas a un área cultural fijo y tampoco constituyen una manifestación directa (personificada en sujetos o grupos) de una «cultura» (Cardoso de Oliveira, 2007). Asumimos la identidad como un proceso de conflicto, que se establece en el contacto entre grupos y sujetos. Es solamente en la medida en que las personas y colectividades se valen de la identidad para clasificarse a sí mismas y a los demás con propósitos de interacción, que constituyen grupos o comunidades (Cardoso de Oliveira, 2007, p. 53).

Como argumentaron diversos autores, la antropología se construyó como disciplina a través de las relaciones sociales concretas que los y las antropólogas establecieron con los grupos étnicos (Todorov, 1998; Krotz, 1999). En esta interacción, no solamente se delimitaron las visiones «occidentales» acerca de las identidades de los pueblos «no occidentales» (Said, 2004), sino que se estableció la identidad profesional de los propios antropólogos (Stocking, 1992; Malkki, 1997). Así, habría que asumir que la alterización de los «pueblos otros», y el silenciamiento de la centralidad que la vejez tenía en estos grupos, es constitutiva de la construcción de las relaciones de dominio colonial, a la vez que establece la identidad profesional de los antropólogos y los *modus operandi* del quehacer etnográfico en su acepción clásica (Des Chene, 1997). En esta versión, la antropología busca incesantemente encontrar «el más otro entre los otros» y en narrar su vida social de forma microscópica y ahistórica, en un estilo según el cual «lo pequeño es lo bonito» (Hannerz, 1986, p. 363).

Segundo, esta producción de alteridades está enmarcada en aquello que Todorov (1991) denomina la diada «nosotros y los otros», estructurante del pensamiento moderno europeo y que justificó filosóficamente la violencia de la empresa colonial e imperialista (Said, 2004, pp. 22-23). Habría dos elementos centrales en las bases de esta estructuración dicotómica de la alteridad: por una parte,

una construcción etnocéntrica que pretende elevar a la categoría de universal lo particular de cada sociedad (Todorov, 1991, pp. 21-22); por otra, una lógica racista asentada en la ideología de una supuesta superioridad biológica de los europeos, en comparación con sus «otros» (Todorov, 1991, pp. 115-118). Este etnocentrismo y racismo se ampararían, además, en una visión androcéntrica y patriarcal; el «nosotros» en Europa se erigió a través de la universalización de la blanquitud y de lo masculino europeo (Todorov, 1991, p. 139). En el siglo XX, con el estudio de las sociedades urbanas e industriales, la antropología pasó a estar interpelada también por visiones de la alteridad, marcada por la percepción de los sujetos estudiados como adscritos a una clase social diferente de los y las investigadoras.

Nuestro argumento expande estas interpretaciones, sentando que la díada nosotros/los otros, además de patriarcal, colonial, territorial, racista y clasista, implica también una alterización marcada por la edad. Es decir, además de respaldarse en el *etnocentrismo*, *racismo, clasismo* y *androcentrismo* que caracterizaron la empresa colonial europea, la antropología también se asentó a partir del *edadismo*. Esta noción se apoya en los aportes de la antropología y sociología de la juventud, en especial desde la perspectiva de Bourdieu (1990), quien comprende a la edad como una forma de alterización en función de las necesidades de dominación política (Iuliano, 2017).

Así, nuestra guía de lecturas busca identificar las intersecciones entre vejez, alteridad y antropología para comprender sus alcances en la construcción de la disciplina desde sus orígenes europeos, pero intencionando comprender el impacto de estos usos en América Latina y, más específicamente, en Chile, donde realizamos nuestros estudios etnográficos sobre envejecimiento. Estos debates son de enorme relevancia en esta segunda década del siglo XXI en América Latina:

> En el sentido común de minorías intensas de varios países latinoamericanos ha sido persistente la legitimación de desigualdades de clase, de etnicidad y raza, de género y orientación sexual, territoriales y de generación. El clasismo, racismo, sexismo, centralismo y el desprecio tanto hacia los jóvenes

> como a los ancianos ha estado presente. Sin embargo, ahora amenaza con incrementar su intensidad, tanto de la violencia social como política, y convertirse en hegemónico en varios países. Analizar cómo se generaron estos fenómenos y qué responsabilidad han tenido las diversas fuerzas sociales y políticas, es una tarea pendiente. (Grimson, 2019, p. 5).

Antes de exponer cómo abordaremos estos temas en cada capítulo, conviene situar sintética y genealógicamente los debates antropológicos sobre la edad.

Genealogías

Desde los años 80, contamos con estudios que rastrean la emergencia de los abordajes antropológicos del envejecimiento. Entre ellos, se considera pionera la obra de Keith (1980), que establece dos constataciones fundamentales, que sirvieron como puntos de partida para autores como Cohen (1994), Feixa (1996) y Ramos (2013) en sus respectivas reconstrucciones genealógicas del campo.

Por una parte, Keith (1980) observa que la literatura antropológica acerca del tema era escasa hasta el momento en que realizó su revisión —en la segunda mitad de los 70, principios de los 80—. Por otra parte, explicita que, en los inicios de la disciplina, el quehacer etnográfico estuvo interpelado por una contradicción en lo que concierne a envejecimiento. El interés de los investigadores por describir y analizar las perspectivas, prácticas y realidades de las personas mayores fue escaso, pese a que ellas ejercían como «informantes clave», permitiendo la interlocución con los grupos nativos:

> En antropología, las personas mayores jugaron dos roles. Primero, los miembros mayores de la sociedad guiaron a etnógrafos curiosos en sus incursiones a muchas culturas tradicionales. Sin embargo, el territorio de sus propias vidas como personas mayores rara vez se incluía en estos recorridos. Posiblemente debido a que el estatus de algunos de estos ancianos sorprendió a los etnógrafos occidentales, convirtiéndose eventualmente en un rompecabezas por descifrar. En consecuencia, las personas mayores asumieron un

> papel menos personal en la antropología, ya que su estatus o tratamiento se convirtió en un rasgo social que se explica a través de la correlación con otros factores. (Keith, 1980, p. 339. Traducción propia).

Keith observa que, aunque con diferentes énfasis, las etnografías clásicas describieron, desde fines del siglo XIX, los roles, estatus, prácticas y significados de la vejez en las sociedades entonces denominadas «primitivas». Sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del siglo XX, en los años 60, que se conformó un campo antropológico específico dedicado al proceso de envejecer, indagando sobre sus desenlaces en las sociedades urbanas e industrializadas.

Con base en estas premisas, el autor propone diferenciar la *vejez en la antropología* de la *antropología de la vejez*. Con la primera expresión, alude a las investigaciones de las escuelas clásicas, en las cuales los roles y estatus de las personas mayores se abordan de forma indirecta, sin constituir un eje central de las observaciones etnográficas o de los análisis teóricos. La segunda refiere a la consolidación de un campo antropológico que, a partir de los 60, asumió a la vejez como su tema prioritario de investigación, estando interpelado por las dimensiones cognitivas, ideológicas, normativas, interaccionales y corporativas del envejecimiento en las sociedades en las que viven los y las antropólogas (Keith, 1980).

Desde entonces, las definiciones del concepto de vejez vienen suscitando disensos importantes en las ciencias sociales en general[7]. Las diversas formas de conceptualizar el envejecimiento en la antropología serán abordadas en los próximos capítulos, cuando revisemos los argumentos de las diferentes escuelas y paradigmas. No obstante, quizá sea prudente anticipar que parte relevante de las lecturas antropológicas actuales lo conciben como un fenómeno

[7] El criterio más recurrente para determinar quién se encuentra o no en esta etapa fue para muchos estudiosos la edad jubilatoria, apoyándose de forma acrítica en indicadores establecidos con base en percepciones sobre las necesidades productivas de los países (Levy, 1988). Además, hasta el presente siglo predominaron definiciones pesimistas del envejecimiento, que lo asocian a la dependencia (Hutheesing, 1993, p. 98), al fracaso personal, a la pérdida de atractivo físico y a la pobreza (Rosenthal, 1990; Calasanti, Slevin & King, 2006).

social complejo, dinámico (con consecuencias económicas, políticas, simbólicas y culturales), que debe ser definido y analizado de manera historizada y contextual (Knodel & Oftedal, 2003, pp. 693-694).

Catorce años más tarde que Keith, Cohen (1994) realizó su propia revisión y reincidió en que, hasta entonces, la literatura acerca del tema seguía siendo escasa, dado que el proceso de envejecimiento todavía se consideraba un tema secundario o una variable marginal para la explicación de los fenómenos sociales. Sin embargo, estableció una diferencia de interpretación genealógica con relación a Keith, situando al trabajo de Frazer (2011 [1890]) como un antecedente de los estudios antropológicos del envejecimiento, poniendo de relieve que este recuperó tempranamente el rol de los ancianos [*elders*] en términos políticos, cívicos y religiosos. Con esto, Frazer habría establecido los elementos fundantes de los posteriores estudios de parentesco y jerarquización social. Asimismo, Cohen (1994) introdujo un enfoque crítico, argumentando que, en las etnografías clásicas, la invisibilización de la vejez se relacionaba con la insuficiente reflexividad acerca de la actuación de los antropólogos en los contextos de dominación colonial donde realizaron sus trabajos.

También en los 90, Feixa (1996) ofrece otra revisión incorporando las sistematizaciones de Keith (1980) y Cohen (1994), pero expandiendo sus análisis con los trabajos producidos en castellano (en España y América Latina). Su objetivo era entregar una recopilación del campo denominado «antropología de la edad», que englobaría los estudios acerca de las diversas etapas vitales en las diferentes sociedades. Feixa define que estas etapas son representadas socialmente a través de categorías generacionales. Las «generaciones» serían la clasificación de un grupo de personas según criterios de edad que pueden girar en torno a tres acepciones.

Primero, ellas pueden agrupar sujetos que tuvieron un proceso vital específico, por ejemplo, la entrada a la primaria, a la universidad, la iniciación profesional, empezando en un mismo periodo y avanzando «juntos a lo largo de los grados de edad» (Feixa, 1996, p. 320). Segundo, pueden referir a los grupos de edades que engloban a distintas personas; en muchos casos, estas solo tienen en común

compartir un momento del ciclo vital particular en la experiencia heterogénea de las sociedades complejas (Feixa, 1996; O'Donnell, 2006); por ejemplo, se puede hablar de la juventud de los setenta, incluyendo en esta consigna a personas de diferentes edades, clases y asignaciones identitarias (étnicas, raciales, nacionales, de género). Tercero, ser consideradas como agrupaciones de individuos que nacieron aproximadamente el mismo año, posean o no lazos consanguíneos (Feixa, 1996; O'Donnel, 2006). A través de estas clasificaciones, el autor identifica varias categorías generacionales en las sociedades contemporáneas, pero su trabajo revisa más detenidamente la producción antropológica articulada a dos de ellas: la juventud y la vejez.

Con relación a esta última, ofrece una división de las obras antropológicas producidas en el norte global en tres periodos. El primero abarca desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX, y presenta un vacío de publicaciones acerca de la vejez, explicándose así el limitado interés antropológico respecto de esta temática; no obstante, se identifican en esta etapa hitos importantes, como las publicaciones de Hall (1922) y Simmons (1945). El segundo periodo iría de los años 60 a los 90, caracterizándose por la consolidación del campo con un protagonismo internacional de los estudios funcionalistas norteamericanos, que problematizaron la integración de las personas mayores a la «modernidad». El tercer periodo se habría iniciado en los 90, con la articulación de perspectivas críticas, como las del propio Cohen (1994).

En el caso de América Latina, Feixa (1996) indica que el interés en una antropología de la vejez era todavía reciente, y las investigaciones eran escasas a la fecha de la publicación de su texto. No obstante, hay que enmarcar estas afirmaciones al periodo en que el autor realizó sus búsquedas, en un momento en que la difusión de investigaciones por Internet era incipiente, y el acceso internacionalizado a las producciones antropológicas —especialmente de los países de la periferia global— era aún muy difícil. En este sentido, podemos afirmar que si bien existía una producción antropológica latinoamericana sobre envejecimiento, esta era de difícil acceso

internacional. En varios países latinoamericanos encontramos una producción vanguardista acerca del tema desde los 70, como veremos en el capítulo 3.

En el actual siglo, Ramos (2013) se propuso revisar los trabajos de diversos autores, entre ellos Cohen (1994) y Feixa (1996), actualizando sus análisis con la literatura producida desde los años 2000, poniendo mayor énfasis en América Latina y Perú. Con este ejercicio, puso en valor el carácter vanguardista de los trabajos de Simmons (1945), y propuso otra división cronológica para los estudios antropológicos del envejecimiento. Desde su perspectiva, la primera etapa del campo no se habría inaugurado con los clásicos, sino en los 60 con las teorías funcionalistas producidas desde Estados Unidos, y enfocadas en las problemáticas de integración a la modernidad (Burgess, 1960; Cumming & Henry, 1961). Así, una segunda etapa del campo habría emergido, con los argumentos críticos producidos en la antropología anglófona de los años 70, en cuyas obras se abordan la diversidad en la vejez (Moore, 1977) y las perspectivas críticas al modelo de explotación del trabajo (Kaufman, 1986).

Como explicaremos a continuación, los próximos capítulos recuperan las reflexiones de estos autores, buscando cimentar una genealogía de debates reconstruida a partir de tres ejes.

Los capítulos

Tres secciones conformarán el recorrido a partir de esta introducción. En el capítulo 1, «Abordajes clásicos del norte global (1890-1960)», iniciaremos nuestra búsqueda por los abordajes antropológicos de la vejez, en los autores considerados «fundacionales» para la disciplina. Sintetizamos así los tratamientos del envejecimiento en el funcionalismo francés, en el estructural funcionalismo británico y en el culturalismo estadounidense.

El capítulo 2, «Desenlaces anglófonos (1960-2020)», revisará los enfoques vinculados al interaccionismo simbólico (de la Escuela de Chicago), a la escuela «Cultura y Personalidad», encabezada por Margaret Mead (también en los Estados Unidos de América), y el

abordaje del «problema» de la integración de las personas mayores a la «modernidad»; también revisará la emergencia del campo crítico acerca del envejecimiento en la antropología anglófona, desde los años 80 del siglo anterior.

El capítulo 3, *«Debates latinoamericanos»*, presenta una revisión sistemática de los principales temas tratados en los estudios en torno al envejecimiento en Brasil, México, Argentina y Chile a partir de 1990. Se enfatiza la producción antropológica, aunque también se recuperan trabajos de otros campos de las ciencias sociales, dada la impronta interdisciplinaria de las investigaciones en relación al fenómeno. En esta reconstrucción regional, nos centraremos específicamente en la producción chilena, buscando ofrecer instrumentos para la formación antropológica de las nuevas generaciones en este país.

En el epílogo, cerramos esta guía con reflexiones comparadas respecto de la relación entre alteridad y envejecimiento en los trabajos revisados.

Referencias

Aguirre, R. (2005). Los cuidados familiares como problema público y objeto de políticas. En I. Arriagada (Ed.), *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales* (pp. 291-300). Santiago: Cepal.

Aguirre, R. (2008). El futuro del cuidado. En I. Arriagada (Ed.), *El futuro de las familias y desafíos para las políticas* (pp. 23-34). Santiago: Cepal.

Arriagada, I. (2011). *La organización social de los cuidados y vulneración de derechos en Chile*. Santiago: ONU Mujeres.

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.

Burgess, E. (1960). *Aging in Western Societies*. Chicago: Chicago University Press.

Cafagna, G., Aranco, N., Ibarrarán, P., Oliveri, M. L., Medellín, N. & Stampini, M. (2019). *Envejecer con cuidado: Atención a la dependencia en América Latina y el Caribe*. Washington: Inter-American Development Bank.

Calasanti, T., Slevin, K. & King, N. (2006). Ageism and Feminism: From "Et Cetera" to Center. *NWSA Journal, 18* (1), 13-30.

Cardoso de Oliveira, R. (2007). *Etnicidad y estructura Social*. Ciudad de México: CIESAS.

Carrasquer, P., Torns, T., Gil, E. & Díaz, A. (1998). El trabajo reproductivo. *Papers: Revista de sociología*, (55), 95-114.

Cohen, L. (1994). Old Age: Cultural and Critical Perspectives. *Annual Review of Anthropology, 23*, 137-158.

Comunidad Mujer (2021). *¿Cuánto aportamos al PIB? Reflexiones y estrategias para reconocer el trabajo de cuidados no remunerado en Chile*. Santiago: Comunidad Mujer.

Córdova, E., Escobar, A., Rincón, I. & Chaparro, J. (2022). Gasto y política de salud: Población de adultos mayores en Argentina y Chile. *Revista de Ciencias Sociales*, *28* (2), 181-198.

Cumming, E. & Henry, W. E. (1961). *Growing Old, the Process of Disengagement*. Nueva York: Basic books.

da Silva, A., Gonzálvez, H. & Nazal, E. (2021). Las personas mayores en la comuna de Peñalolén (Chile): diagnóstico inicial para la política pública. *Rumbos TS*, 16 (26), 37-72.

Des Chenes, M. (1997). Locating the Past. En A. Gupta & J. Ferguson (Ed.). *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science* (pp. 66-85). Berkeley, CA: University of California Press.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat & Á. Martínez (Eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, (pp. 319-335). Barcelona: Ariel.

Frazer, J. G. (2011 [1890]). *La rama dorada*. México: Fondo de Cultura Económica.

Glenn, E. N. (2010). *Forced to care. Coercion and caregivind in America*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Gonzálvez, H. & Guizardi, M. (2020). Las mujeres y el envejecimiento en la investigación social (1950-2018). *Revista Estudos Feministas*, 28 (1), 1-14.

Gonzálvez, H. & Guizardi, M. (Eds.). (2021). *Las trincheras de los cuidados comunitarios. Una etnografía sobre las mujeres mayores en Santiago de Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Grimson, A. (2019). La antropología latinoamericana ante la violencia de la incomprensión. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology*, (16), 1-9.

Hall, G. S. (1922). *Senescence, the Last Half of Life*. Nueva York: Appleton.

Hannerz, U. (1986). Theory in Anthropology: Small is Beautiful? The Problem of Complex Cultures. *Comparative Studies in Society and History*, 28 (2), 362-367.

Huenchuán, S. (2018). *Envejecimiento, personas mayores y Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible: perspectiva regional y de derechos humanos*. Santiago: Cepal.

Hutheesing, O. (1993). Facework of a Female Elder in a Lisu Field, Thailand. En D. Bell, P. Caplan & K. Wazir-Jahan Begum (Eds.), *Gendered fields. Women, men and ethnography* (pp. 109-118). Londres: Routlegde.

Instituto Nacional de Estadísticas [INE] (2015). *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo [ENUT], 2015. Síntesis de Resultados: La dimensión personal del tiempo*. Santiago: INE.

Instituto Nacional de Estadísticas [INE] (2022). Cerca de un tercio de la población de Chile en 2050 estaría compuesta por personas mayores. Recuperado de https://www.ine.gob.cl/prensa/detalle-prensa/2022/09/27/cerca-de-un-tercio-de-la-poblaci%C3%B3n-de-chile-en-2050-estar%C3%ADa-compuesta-por-personas-mayores (Consultado: 23.11.2022).

Iuliano, R. (2017). La producción social de la vejez: un recorrido en clave constructivista. *Tiempo: El portal de la psicogerontología*, (34), s.f.

Kaufman, S. (1986). *The Ageless Self: Sources of Meaning in Late Life*. Madison, WI: University Wisconsin Press.

Keith, J. (1980). "The Best Is Yet to Be". Toward and Anthropology of Age. *Annual Review of Anthropology, 9,* 339-364.

Knodel, J. & Ofstedal, M. B. (2003). Gender and Aging in the Developing World: Where Are the men? *Population and Development Review*, 29 (4), 677-698.

Krotz, E. (1999). Alteridad y pregunta antropológica. En M. Boivin, A. Rosato & V. Arribas (Comps.), *Constructores de otredad* (pp. 16-21). Buenos Aires: Antropofagia.

Levy, J. (1988). Intersections of Gender and Aging. *The Sociological Quarterly*, 29 (4), 479-486.

Malkki, L. H. (1997). News and Culture: Transitory Phenomena and the Fieldwork Tradition. En A. Gupta & J. Ferguson. *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science* (pp. 86-101). Berkeley, CA: University of California Press.

Ministerio de Desarrollo Social y Familia de Chile [MINSO]. (2018). *Base de datos Casen 2017*. Recuperado de http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/encuesta-casen-2017 (Consultado: 23.11.2022).

Moore, S. (1977). *The Chagga and Meru of Tanzania. Ethnographic Survey of Africa: East Central Africa*. Londres: International African Institute

O'Donnell, M. (2006). *Age and Generation*. EUA: Routledge.

Pérez-Orozco, A. (2006). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica*, (5), 8-37.

Ramos, G. (2013). Antropología de la vejez en el Perú: un vacío etnográfico. *Anthropía*, (11), 104-112.

Rosenthal, E. (1990). *Women, Aging and Ageism*. London: Harrington Park Press.

Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. R. Reiter (Ed.), *Toward an Anthropology of Women* (pp. 157-210). Nueva York: Monthly Review Press.

Said, E. (2004). *Orientalismo*. Buenos Aires: Debolsillo.

Simmons, L. (1945). *The Role of the Aged in Primitive Society.* New Haven, CT: Yale University Press.

Stocking, G. W. (1992). *The Ethnographer's magic and Other Essays in History of Anthropology*. Madison, WI: University of Wisonsin Press.

Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Todorov, T. (1998). *La conquista de América. El problema del otro*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Torres-Fonseca, A. & López-Hernández, D. (2014). Criterios para publicar artículos de revisión sistemática. *Revista de especialidades médico-quirúrgicas*, 19 (3), 393-399.

Capítulo 1

Abordajes clásicos del norte global (1890-1960)

Menara Guizardi
Esteban Nazal
Herminia Gonzálvez Torralbo

Introducción[1]

En este capítulo revisamos los abordajes acerca de la vejez, en tres escuelas antropológicas consideradas clásicas: 1) el funcionalismo francés —y sus desenlaces en el estructuralismo de Lévi-Strauss y en el estructural-marxismo—; 2) estructural-funcionalismo británico; y 3) el culturalismo estadounidense. A pesar de las diferencias teóricas entre ellas, se identifican tres elementos compartidos, particularmente relevantes para rastrear sus abordajes con relación al envejecimiento.

[1] Agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, que financia este capítulo a través del proyecto Fondecyt 1201115 («Género y vejez: una etnografía sobre la organización social y moral de los cuidados en la comuna de Peñalolén, Santiago de Chile»).

Primero, todas muestran una preocupación por el «parentesco[2]» y por el «equilibrio», es decir, sobre la relación entre la organización social y el funcionamiento de las instituciones. Segundo, también se preocupan por la reproducción de las normas o pautas culturales en los territorios estudiados (que eran áreas coloniales). Tercero, en estas escuelas, por lo general, las sociedades no urbanas y no capitalistas fueron comprendidas como ahistóricas, lejanas en el espacio y el tiempo de las sociedades de origen de los antropólogos (Stocking, 1992; Des Chenes, 1997; Malkki, 1997). Esta perspectiva facilitó la construcción de una imagen de Europa como «la civilización», en contraposición con el supuesto estado salvaje de estas sociedades representadas como «el otro de Occidente» (Todorov, 1991; Said, 2004). Mucho de lo que se ha dicho acerca de las personas mayores en los estudios antropológicos, producidos en el Norte Global hasta la segunda mitad del siglo XX, estuvo influenciado por estos aspectos.

Vimos páginas atrás que, hasta los años 60, la antropología de la vejez no se constituyó como un campo de estudios; no obstante, se identifican algunos trabajos vanguardistas previos a esta década que conviene recuperar. Por una parte, están las etnografías de fines del siglo XIX de Gray (1878), que abordan la veneración de los «ancianos[3]» entre grupos sociales chinos (Maxwell, 1970); por otra parte, encontramos también la obra de Hall (1922) que, ya a inicios del siglo XX, abogaba por la creación de enfoques antropológicos

---

[2] En términos antropológicos, la expresión «parentesco» no alude al listado de parientes que comparten lazos consanguíneos, sino a un «sistema de categorías y estatus» que establece la vinculación familiar de las personas y que, frecuentemente, «puede contradecir las relaciones genéticas existentes» (Rubin 1975, p. 169. Traducción propia). En las sociedades sin Estado, el parentesco es «el idioma de las interacciones sociales, de la organización económica, de las actividades políticas, ceremoniales, además de las sexuales. Las tareas y responsabilidades de las personas, y los privilegios frente a otros, son definidos en los términos del parentesco mutuo y de su ausencia» (Rubin 1975, pp. 169-170. Traducción propia). En estos grupos, los vínculos parentales constituyen la base del intercambio de los bienes sociales y de los servicios (prestaciones y contraprestaciones), afectando también los procesos de producción y distribución, configurando los vínculos hostiles y la solidaridad, y los procesos rituales que los grupos desarrollan (Rubin 1975, p. 170).

[3] Al ponerle comillas a «anciano», estamos demarcando que se trata de una categoría usada por los autores que mencionamos y a la cual no adherimos.

específicos respecto del envejecimiento (Cohen, 1994; Feixa, 1996), estableciendo, simultáneamente, una preocupación por la dimensión psicológica de los cambios conductuales vividos en esta etapa (Hall, 1922; Domínguez, 1989).

No sería una exageración afirmar que Simmons (1945) estableció la contribución más vanguardista al campo; su trabajo fue pionero al indagar sobre el rol de las personas mayores en sociedades preindustriales como un tema central de análisis (Clark, 1967; Keith, 1980). En sus estudios utilizó la etnografía combinada con métodos estadísticos comparativos, observando data sobre la vejez en grupos nativos de las Américas (del Norte, Central y del Sur), África, Europa, Asia y Oceanía. Así buscó identificar correlaciones entre el trato dado a las personas mayores y condiciones medioambientales, físicas, culturales, económicas, el sistema de parentesco, la religión y la *división sexual del trabajo* (Lips, 1946)[4]. Su obra «contribuyó a reforzar la imagen venerable de los ancianos [*elders*] en culturas preindustriales, frente a los 'estatus carentes de roles' que reciben en la sociedad moderna» (Feixa, 1996, p. 326), subrayando que, en aquellas sociedades, las personas mayores cumplían funciones centrales para la subsistencia, los cuidados y para las prácticas simbólicas y religiosas.

---

[4] Desde el siglo XIX, etnógrafos europeos observaron que los distintos grupos humanos establecían formas de cooperación estratégicas y mutualistas, impulsando la especialización laboral de las personas, y el posterior intercambio de los resultados de sus trabajos (Bird & Codding, 2015). Este esquema colaborativo fue denominado «división social del trabajo» (Bird & Codding, 2015, p. 1). Se consideraba que la separación jerárquica de las labores masculinas, por sobre las femeninas, constituiría una forma primordial de este tipo de organización, dotándola de un carácter sexual. En las descripciones antropológicas clásicas acerca de la *división sexual del trabajo* primó una diferenciación estereotípica entre el espacio público (como signo del poder masculino, locus del trabajo de los hombres) y el privado (en el que las mujeres serían encerradas, limitadas por el poder patriarcal). En el ámbito doméstico, pesaría sobre ellas la responsabilidad del trabajo de *reproducción social:* de todas aquellas tareas con relación a las personas (niños/as, jóvenes y mayores), objetos, animales y entornos que permiten la continuidad de la vida social. Los *trabajos productivos* —que permiten la expansión de los bienes materiales e infraestructuras— serían controlados por los hombres. Más allá de esta visión esquemática, en la mayor parte de las sociedades conocidas, las mujeres comparten con las figuras masculinas las tareas productivas, pero llevan solas (o mayoritariamente) las reproductivas.

Ya en los años 50, e inicios de los 60, se destacan también los trabajos de Holmberg (1950) y Hughes (1961), quienes describen cómo sociedades del altiplano boliviano y esquimales abandonan a sus ancianos a la muerte, como parte de un mecanismo de reproducción social de las tribus. Así demuestran que varios de estos grupos sociales tenían disposiciones hacia la vejez opuestas a las mencionadas por Simmons (1945).

No obstante, pese a su importancia, estos trabajos constituyen excepciones en las discusiones antropológicas de su tiempo. La mayor parte de los autores clásicos no asumió la vejez como un tema central, abordándola como un elemento accesorio —necesario, pero marginal— para la comprensión de las jerarquías y representaciones sociales. Según Cohen (1994), estas indagaciones esporádicas sobre el rol de la vejez aparecen ya desde la clásica publicación de Frazer (2011 [1890]), *La Rama Dorada*.

En uno de los pasajes, el autor describe un mito fundante de la Roma clásica, según el cual, para evitar el envejecimiento del «genio de la vegetación», se asesinaba al sacerdote Nemi (quien lo encarnaba), impidiendo así su llegada a la vejez (Frazer, 2011 [1890]). El mito establecía una asociación simbólica entre el envejecimiento de los seres humanos y el peligro de muerte de la vegetación (Mauss, 2014 [1901]).

Otros ejemplos pueden ser encontrados en los estudios acerca del parentesco y la organización política en sociedades tradicionales de autores como Morgan (1877), Van Gennep (1986 [1909]) y Boas (1911). En ellos, identificamos la preocupación por las consecuencias sociales y significados del envejecimiento a través de los ritos de paso (Vásquez, 2015). En sus argumentos, la vejez es siempre analizada en su articulación con otros procesos sociales, como en Van Gennep (1986 [1909]), quien la recupera para comprender la importancia de los procesos rituales que marcan el cambio de ciclos vitales en la India, y su papel en la jerarquización de las personas en las sociedades de casta.

En este capítulo, veremos que para la mayoría de los autores más importantes de las escuelas clásicas de antropología del Norte

Global, las personas mayores no fueron un foco central de investigación. Nuestra reconstrucción de estos abordajes, en las páginas que siguen, será selectiva.

La intención es mostrar cómo el envejecimiento y las personas mayores han figurado en ciertos textos clásicos que constituyen lectura obligada en la formación antropológica internacional. Empezaremos con la escuela francesa, luego abordaremos la británica y, en el último apartado, la estadounidense.

Debates francófonos

Las investigaciones francesas, de la primera mitad del siglo XX, tuvieron un papel protagónico en la institucionalización de la antropología y sociología como disciplinas científicas en Europa. Este proceso fue particularmente propulsado por la corriente teórica funcionalista, liderada por Émile Durkheim y por sus colaboradores, como Marcel Mauss, Robert Hertz, Henri Hubert, Maurice Halbwachs. Sus trabajos fueron difundidos por la célebre revista *L'Année Sociologique,* fundada por Durkheim en 1898.

En términos generales, el funcionalismo francés establecía que las instituciones sociales, a ejemplo de los órganos en un ser vivo, cumplen funciones que permiten la continuidad ordenada de la vida, su mantenimiento en «equilibrio» (Durkheim, 2001 [1895]).

Así, se enfatiza el concepto de función como la vinculación entre las partes y el todo social, definiendo esta articulación como una necesidad. Las personas, relaciones e instituciones cumplirían roles en el sostenimiento del orden social, facilitando con ello el equilibrio de la vida, pero la sociedad constituiría una formación *sui géneris*, superior a la suma de personas (Cadenas, 2016). Las normas, instituciones, simbolismos y representaciones serían externas a estas personas y tendrían, además, un carácter coercitivo y general. Consecuentemente, constituirían *hechos sociales* que difieren de los fenómenos psicológicos y no serían una manifestación producida en las personas, sino que por sobre ellas (Durkheim, 2001 [1895]). Estas nociones supusieron una crítica al concepto de evolución social,

planteando la validez intrínseca de las instituciones y hechos sociales de cada sociedad o grupo social, estableciendo así el principio antropológico de relativismo cultural.

Durkheim (1987 [1893]) establece que, en las sociedades tribales —no occidentales y no urbanas—, la articulación de la vida social generaría una *solidaridad mecánica*. Con el término refiere a un tipo de vínculo entre las personas, en las cuales no hay procesos de individuación. La dependencia entre quienes componen el grupo es ineludible; la conciencia colectiva tiene un carácter omnipresente y la cohesión social es intensa. Las instituciones vinculadas a diferentes funciones de la vida social (económica, política, religiosa, simbólica) están explícitamente entrelazadas y son indisociables de la organización social (de las relaciones y vínculos de parentesco, de los sistemas de intercambios de todos los tipos). En las sociedades urbanas europeas, a su vez, la diferenciación entre personas alcanzaría elevados niveles, generando la noción social de individuo. Esto sería un resultado directo de la intensificación de la división social del trabajo y de la consecuente separación de los subgrupos internos (derivados de las divisiones por sexo, generación, clase y estatus), estableciendo, de este modo, una *solidaridad orgánica* (Durkheim, 1987 [1893]). En esta solidaridad, la conciencia colectiva sería menos intensa y las funciones de la vida social tenderían a disociarse entre sí; las lógicas económicas y políticas, por ejemplo, serían entendidas como externas a las religiosas y a las alianzas sociales (las de parentesco entre ellas). No obstante, cuanto más elevada la diferenciación social, mayor sería el grado de interdependencia orgánica entre individuos, instituciones y el todo social. De esta manera, el carácter estructurante de esta interdependencia haría que su expresión permanente fuera prescindible, de ahí que la conciencia colectiva sea más tenue y la cohesión social más laxa.

Esta diferenciación entre las solidaridades mecánicas y orgánicas es central para comprender el tipo de abordaje que el funcionalismo dio al envejecimiento. Este asume que, en todas las formas de sociedad o comunidad humana, se generan clasificaciones y denominaciones de los seres humanos y de las cosas que se construyen a partir

de criterios de sexo y edad: «En efecto, estas cosas se denominan, se clasifican, se reparten según el lugar y el tiempo, etc. Los hombres, las mujeres, los niños, los viejos forman generaciones cuyas relaciones numéricas varían» (Mauss, 1979 [1924], p. 271). Sin embargo, las maneras en que estas clasificaciones se construyen serían tácitamente divergentes en las solidaridades mecánicas y orgánicas.

En los trabajos de corte sociológico, Durkheim se dedica a las solidaridades orgánicas, es decir, a las sociedades urbanas europeas; en ellas, el envejecimiento se observa como un signo de decrepitud, de marginación de las funciones centrales para la vida social. En su clásico estudio sobre el suicidio en Francia, por ejemplo, argumenta que los ancianos no suelen suicidarse porque, debido a su pérdida de centralidad social, no sienten mayor necesidad de reconocimiento externo y, en ese caso, padecen menos de las cobranzas y pesos proyectados por las normas sociales sobre los individuos. Así, la sociedad «empieza a desapegarse» de los ancianos y, «por consiguiente, se bastan por sí solos. Al no sentir la necesidad de completarse con algo que no sea ellos mismos, están también menos expuestos a carecer de lo necesario para vivir» (Durkheim, 2016 [1897], p. 170). No obstante, en sus trabajos etnológicos acerca de las solidaridades mecánicas, el autor observa que tanto el suicidio de los ancianos como su permanencia y resistencia hasta la muerte ocurren motivados por razones de orden social, como parte de una responsabilidad moral y religiosa (Durkheim, 2016 [1897], p. 174).

Esta diferenciación de la vejez, como un fenómeno estructuralmente diverso en las solidaridades mecánicas y orgánicas, marcó toda la obra sociológica y antropológica de Durkheim. Sin embargo, el autor tendió a tratar el tema de forma marginal; lo abordó reiteradamente, aunque sin detenerse jamás a desarrollar una teoría acerca de la función social de la vejez.

Por ejemplo, en una de sus obras antropológicas principales, *Las estructuras elementales de la vida religiosa*, Durkheim (2012 [1912]) sostiene que la construcción simbólica de la dicotomía entre lo sagrado y lo profano constituye uno de los más antiguos principios organizadores de las representaciones sociales humanas.

Comparando data etnográfica internacional, muestra cómo en los grupos humanos de cazadores y recolectores, con *organización totémica*[5], el carácter sagrado que se atribuye a ciertas plantas y animales genera interdictos alimentarios, determinando la imposibilidad de comerlos o de causarles daños materiales. Al tratarse de seres considerados sagrados, su uso para un acto cotidiano (como comer) constituye un sacrilegio que pone en riesgo a quien lo ejecuta (Durkheim, 2012 [1912], p. 211). No obstante, en la mayor parte de estas sociedades totémicas, solamente los ancianos del grupo tienen permitido tener una relación cotidiana con los elementos sagrados, ya fuera comiéndolos o usándolos con otros fines (Durkheim, 2012 [1912], p. 212). También relata cómo los objetos sagrados de ciertos grupos son fabricados por los ancianos (Durkheim, 2012 [1912], p. 203).

En estos grupos, consideran que el más elevado grado de fuerza religiosa de los sujetos solo se expresa entre las personas de más avanzada edad (Durkheim, 2012 [1912], p. 227), y que estas son las responsables de establecer los criterios para evaluar los desenlaces de los ritos religiosos, y su relación con acontecimientos sociales cotidianos (Durkheim, 2012 [1912], p. 266). En virtud de los «poderes especiales» atribuidos a la edad, los ancianos serían considerados

[5] Durkheim aceptó las proposiciones de Morgan (1871, 1877) de que las familias serían las primeras y más sencillas formas de organización social (Durkheim, 2012 [1888], pp. 82-83), y que los grupos humanos se habrían estructurado, inicialmente, en una especie de «comunismo familiar» (Durkheim, 2012 [1892], p. 106). También usó las etnografías acerca de los grupos cazadores-recolectores de fines del siglo XIX, para encontrar entre ellos la organización social que él consideraba la más primitiva y, por lo tanto, supuestamente idéntica a la primera que habría existido: las sociedades totémicas (o clánicas). En estas sociedades, los clanes están compuestos por grupos de personas que se suponen parientes, pero que vinculan esta relación no por un lazo consanguíneo biológico rastreable, sino porque descienden de un ancestro común que es un animal o vegetal: un «tótem» (Durkheim, 2012 [1897], p. 114). El tótem es considerado un ser vivo y habita el cuerpo y la sangre de cada persona del clan. En las sociedades totémicas, las tribus son divididas en clanes asociados a diferentes tótems. Quienes desciendan del mismo tótem no pueden contraer matrimonio entre sí (Durkheim, 2012 [1897], p. 114). Se establece así un tipo de exogamia que obliga la unión conyugal con otro clan. Durkheim consideraba el totemismo como la primera organización social y la primera religión, una forma elemental de organización social (Durkheim, 2012 [1912]).

por algunos grupos como capaces de «ver las almas» (Durkheim, 2012 [1912], p. 387), ocupando una posición de elevada «dignidad religiosa» que los desobliga de los «interdictos sociales» (Durkheim, 2012 [1912], p. 478). Durkheim concluye, entonces, que es el carácter sagrado de los ancianos lo que les permite establecer una relación de horizontalidad con los tótems, y de superioridad simbólica, para con los demás miembros del grupo:

> Los ancianos, los personajes que han llegado a una alta dignidad religiosa, están libres de las prohibiciones a las que está sometido el común de los hombres: pueden comer la cosa santa porque ellos mismos son santos; por otra parte, es una regla no solo particular al totemismo, sino que se encuentra en las religiones más diferentes (Durkheim, 2012 [1912], p. 214).

Los colaboradores de Durkheim corroboraron estas teorizaciones. Marcel Mauss (1979 [1929]), por ejemplo, analizando la data etnográfica respecto de los conceptos de muerte entre grupos tribales australianos y neozelandeses, reitera que los ancianos están por encima de los interdictos alimentarios totémicos (Mauss, 1979 [1929], p. 299), que tienen autoridad mágica y religiosa incluso sobre la sugestión de la muerte de animales, plantas y seres humanos (Mauss, 1979 [1929], p. 297). Además, tienen control espiritual del diálogo con las almas de vivos y muertos (Mauss, 1979 [1929], p. 303), con los animales y plantas totémicos, lo cual implica un poder simbólico de envergadura (Mauss, 1979 [1929], p. 318). En otros trabajos, explicita el papel religioso central de los ancianos como mediadores y oficiantes de los rituales mágicos (Mauss & Hubert, 1979 [1903], p. 70), y también su lugar de autoridad en los intercambios simbólicos y materiales en los sistemas de prestación total (Mauss, 1979 [1924], p. 206). Observando a los grupos esquimales, infiere que hay una relación directa entre el poder de los patriarcas y el número de hijos que tienen, dado que el sostenimiento de su vida en la vejez dependerá del trabajo de su prole (Mauss, 1979 [1905], pp. 411-412). En estos grupos, los hombres ancianos están asociados a los poderes mágicos, a la capacidad de caza, a los conocimientos acerca del buen funcionamiento de las relaciones, razón por la cual

se les atribuye tareas nobles, como las de recibir a los extranjeros, establecer plazos y modos para los intercambios económicos, junto con mediar los conflictos (Mauss, 1979 [1905], p. 414).

Asimismo, observa que, en la mayoría de los grupos totémicos, las mujeres ancianas también tienen poderes mágicos. Por lo general, se les atribuye la condición de hechiceras (Mauss & Hubert, 1979 [1903], p. 58) y de establecer el contacto con el mundo de los muertos (Mauss & Hubert, 1979 [1903], p. 69). Nota también que los mitos de origen de muchas sociedades totémicas devienen de un elemento femenino, representado por una mujer anciana.

Cita como ejemplo a la *Acca Larentia*, es decir, la figura de la matriarca vieja en la Roma clásica, la cual aludía a la figura de la madre loba (Mauss, 1979 [1929], p. 324). Pero, a diferencia de lo que pasa con los hombres ancianos, a las mujeres mayores se les suele vigilar y perseguir por estos poderes mágicos y mitológicos entre los grupos totémicos; muchas incluso son castigadas por hechizos que no han realizado (Mauss & Hubert, 1979 [1903], p. 59).

Vemos, entonces, que los autores clásicos del funcionalismo francés fueron perspicaces al identificar el carácter elevado de los ancianos en las sociedades no europeas, y establecer, a través de la data etnográfica disponible, una diferencia jerárquica entre los hombres y mujeres mayores de estos grupos. Sin embargo, sus análisis no terminan de otorgarle centralidad analítica al envejecimiento.

Algo semejante se observa con los análisis de Lévi-Strauss, quien construyó su obra comprendiéndola como una continuidad teórica a la obra de Mauss, y en diálogo estrecho con las matrices funcionalistas de la antropología francesa. Lévi-Strauss (1979 [1971], p. 14) reinterpreta estas matrices introduciendo el concepto de estructura, con el cual explica que la permanencia de las formas sociales, externas a las personas, no deviene solamente del arreglo particular constitutivo de una sociedad o grupo, sino que deviene de la supervivencia de formas culturales que atraviesan la historia de diferentes formaciones humanas. De este modo, más allá de las encarnaciones particulares que estas formas adquieren entre los diferentes grupos, su estructuración comparte un carácter universalizado

que compone un inconsciente colectivo al que todas las formas de sociedad humana acceden —y desde el cual están formadas— (Lévi-Strauss, 1979 [1971], p. 28).

Complementando los debates funcionalistas, en su rescate del conjunto de cuentos asociados a los viajes en canoa entre pueblos amazónicos, Lévi-Strauss (2003 [1968, p. 112]) muestra que la figura del anciano estaba asociada a la mujer y a los enfermos, constituyendo un conjunto simbólico opuesto a la juventud, lo fuerte y lo vigoroso. En algunas de sus versiones, estos mitos relataban cómo el hombre joven que viajaba en canoa trasgredía las normas de parentesco: cometiendo incesto, comprometiéndose con mujeres muy lejanas o faltando con un compromiso matrimonial.

Como castigo, los dioses le volvían viejo, y este envejecimiento se subrayaba en el relato mitológico como una marca de su corrupción moral (Lévi-Strauss, 2003 [1968], p. 114). Asimismo, en estos mitos la vejez se encuentra en oposición a la inmortalidad y a lo inmanente (elementos asociados a la divinidad, la belleza y la juventud). Con esto, el autor expone que algunas solidaridades mecánicas —para aludir al debate durkheimiano— no elevan tácitamente la vejez en términos de reconocimiento social, moral o simbólico. De la misma manera, en su análisis sobre la figura de Papa Noel en Europa, señala que hay figuras ancianas que asumen estatus simbólicos elevados en las solidaridades orgánicas.

Con agudeza interpretativa, explicita que el Papa Noel se constituye como un soberano con capacidad de tránsito entre los vivos y los muertos (Lévi-Strauss, 2008 [1952]). La Navidad sería, entonces, un rito mediante el cual se busca honrar a los muertos, los cuales pueden ser pensados análogamente como una representación de los grupos sociales que no están completamente integrados o que se encuentran en situación de marginación y/o carencia (Lévi-Strauss, 2008 [1952], p. 38).

Pese a las contribuciones de Lévi-Strauss, es solamente con los debates de la antropología estructural-marxista que veremos un intento más claro de centralizar el envejecimiento como foco analítico. Como el nombre sugiere, esta corriente busca aunar las

preocupaciones y argumentos del marxismo y del estructuralismo, considerando la primacía de la producción y reproducción social, además de sus consecuencias en las instituciones sociales, ordenadas bajo modelos simbólicos estructurales (Restrepo, 2016).

En esta línea, Meillassoux (1989 [1975]) teoriza respecto de los equilibrios intergeneracionales, indagando acerca de las apropiaciones que hacen los hombres mayores de la producción de los jóvenes. Observa que este proceso constituye una forma cíclica de temporalidad, estableciendo un pacto regulador entre generaciones, basado en la idea de que aquello que los jóvenes entregan hoy, será apropiado por ellos en el futuro. Indica, además, que la persistencia de esta forma de contrato está vinculada a la obligación social de los jóvenes de seguir trabajando hasta envejecer y, a la vez, de constituir matrimonios, avanzando en la formación de nuevas generaciones que den sostenibilidad al ciclo. En este sentido, la edad en sí no sería el factor determinante de la explotación, porque los hombres jóvenes tienen la posibilidad de proyectarse como patriarcas y, a través de la formación de su prole, salvaguardar su paso al grupo masculino de dominio (Meillassoux, 1989 [1975]). A partir de estas inferencias, el autor establece de manera explícita el rol de las mujeres y los menores como parte de los grupos explotados, cuya dominación permite la reproducción del poder de los hombres mayores en las economías domésticas. En efecto, este argumento constituye una excepción en el desarrollo de la teorización francesa sobre género y edad; si bien es posible encontrar menciones en relación a mujeres ancianas, estas son escasas y no cuestionan el *status quo* del sistema de género. Según Cohen (1994), estas pertinentes contribuciones del estructural-marxismo sobre las intersecciones entre género, edad y poder, en el estudio de las desigualdades intergeneracionales, fue invisibilizada por autores que reconstruyeron la genealogía de estos debates, tales como Riley (1971) y Foner (1974).

Más allá de los debates francófonos, el funcionalismo durkheimiano inspiró los abordajes en las escuelas británicas, en la cuales, como veremos, la vejez vuelve a subrayarse como un elemento etnográfico relevante, aunque teóricamente marginado.

Estructural-funcionalismo británico

La corriente antropológica estructural-funcionalista británica fue inspirada por la propuesta teórica de Durkheim, o para ser más precisos, por la reinterpretación que hizo de ella Radcliffe-Brown (1986 [1969], pp. 21-23), proponiendo que las funciones sociales están ordenadas no solo a través de las instituciones, sino, y centralmente, por la cristalización de patrones de relaciones sociales jerarquizadas al interior de dichas instituciones. Estos patrones cristalizados constituirían la estructura misma de las instituciones (Radcliffe-Brown, 1986 [1969], p. 19). En síntesis, Radcliffe-Brown redimensionó la base teórica durkheimiana, complementando el foco analítico respecto de las funciones de las instituciones sociales, con un interés por describir y analizar su estructura.

Entre los estructurales-funcionalistas británicos, la preocupación por el envejecimiento aparece con algo más de centralidad que entre los pares francófonos de la primera mitad del siglo XX. El énfasis dado por los primeros, a la descripción de las estructuras sociales, fomentó que enfatizaran los estudios acerca de la organización social del parentesco. En ellos, la vejez es recuperada en su vínculo con fenómenos considerados «exóticos» por las sociedades europeas, como los «regicidios» (el asesinato ritual del patriarca debido a su condición etaria avanzada o al deterioro de su salud) (Cohen, 1994). Aparece también en los debates respecto de la distribución del poder y los mecanismos de regulación de la tensión intergeneracional. Evans-Pritchard (1979 [1948], p. 309) analizó con estas claves a los *Silluk* (nativos del actual Sudán), demostrando que era socialmente legítimo torturar al rey hasta la muerte si dejaba de demostrar su virilidad masculina o si aparentaba signos de vejez.

En esta línea, el trabajo concerniente al parentesco de Radcliffe-Brown (1986 [1941]) presenta un hito importante, dada la propuesta de una perspectiva sistémica, en la cual las personas son identificadas a través de sus relaciones, es decir, convirtiéndose las vinculaciones interpersonales (y su institucionalización) en el objeto central de la investigación. Así, el autor propone un esquema jerárquico, que

grafica el lugar ocupado por las relaciones entre los grupos de edad en el establecimiento de una totalidad social (Cohen, 1994, p. 150).

Esto le permite redimensionar la centralidad del sistema de parentesco en la conformación de la estructura social. Estas constataciones lo impulsan a indagar detenidamente respecto de las funciones sociales desempeñadas por las divisiones generacionales, identificándolas como un mecanismo central de organización social. Observa, de este modo, que las personas que se encuentran en una misma generación comparten actitudes similares para con las de otras generaciones (Radcliffe-Brown, 1986 [1941]). Esta tendencia develaría las lógicas específicas de los sistemas de parentesco, permitiendo observar etnográficamente la estructuración de las relaciones entre generaciones alternas (Radcliffe-Brown, 1986 [1941], p. 84). En otros trabajos, Radcliffe-Brown demostró que la relación entre un abuelo y su nieto, en ciertos grupos nativos, puede establecerse desde principios de igualdad, mientras que entre un padre y su hijo es desde la autoridad (Radcliffe-Brown, 1986 [1940a], 1986 [1940b]). A partir de esta observación, propuso que los lazos establecidos entre los hombres de diferentes generaciones cumplen funciones vinculadas al equilibrio de las relaciones políticas, articulando no solamente las jerarquías de poder, sino las posibilidades de alianza intra y extra grupales (Radcliffe-Brown, 1986 [1940a]).

Los debates iniciados por Radcliffe-Brown inspiraron el surgimiento de un campo específico de la antropología política, dedicado a analizar cómo distintas sociedades establecen la distribución del poder a través de los grupos de edad, regulando así la conflictividad fomentada por las jerarquías sociales (Foner, 1974; Bernardi, 1979 [1952]; Tait, 1979 [1953]; Lauriston, 1979 [1958]; Fortes, 1984)[6]. De estos, suelen destacarse los aportes de Foner (1975) y Riley (1987), los cuales demostraron que las clasificaciones generacionales pueden

[6] Los estudios de Bernardi (1979 [1925]), acerca de la función social de las edades en los pueblos nilo-hamíticos (del Nilo meridional, en territorios de las actuales Kenia, Uganda y Tanzania), también son un antecedente de este campo. Sin embargo, fueron menos considerados, porque sus hallazgos condujeron a conclusiones distintas de las encontradas en los demás sistemas políticos africanos (Fortes & Evans-Pritchard, 1979).

desempeñar funciones análogas a la división social por estratos, distribuyendo normas, roles y jerarquías (Belando, 2006).

A su vez, en su descripción de los sistemas políticos de la tribu *Konkomba* (del Togo africano), Tait (1979 [1953]) indica que los clanes estaban compuestos por dos linajes principales, cuyo significado social, simbólico y político estaba representado siempre por la figura de dos ancianos (los hombres de mayor edad de cada linaje). Estos eran asumidos como descendientes directos del primer jefe (Tait, 1979 [1953], p. 187), y eran considerados jefes políticos, espirituales, simbólicos y jueces.

Su autoridad era tal que no existían instancias superiores a ellos; por lo mismo, actuaban como árbitros de los conflictos. También observó que, en las contiendas entre los jefes políticos, las disputas se arbitraban en favor del más anciano entre los involucrados. En esta misma línea, Lauriston (1979 [1958]) notó que en la tribu *Yir yoront* (de Australia) se establecían regímenes políticos y comunitarios de carácter marcadamente masculino.

En estos, el poder político estaba delimitado a partir de grupos independientes de familias, descansando siempre sobre la figura masculina «más notable»: el patriarca con posición de autoridad, los jefes de familia o el hombre más anciano.

Otro de los ejes de preocupación de los antropólogos británicos refiere al fenómeno observado en diversos grupos africanos de culto a los ancestros. Bradbury (2004 [1966]) establece la relación entre estos ritos, el sistema político —y sus formas de legitimar el poder— y la estructuración de la vida comunitaria. Su etnografía demuestra que la estructura social del pueblo Edo (en el reino de Benín al sur de Nigeria) involucra a vivos y muertos. Estos últimos también estarían divididos en tres categorías, vinculadas a lógicas de parentesco y autoridad: *fathers* (padres), *elders* (ancianos) y *chiefs* (jefes) (Bradbury, 2004 [1966], p. 132). Los primeros son ancestros del mismo linaje; los segundos pertenecen a los ancestros de parentesco cercano, sin importar la claridad de su vinculación genealógica; y los terceros son jefes muertos, sin importar su parentesco. Los ancianos vivos, quienes poseen la autoridad, legitiman su jerarquía a partir

de este culto, transfiriendo responsabilidad a la arbitrariedad de las decisiones a los agentes no vivos (Bradbury, 2004 [1966], p. 150). Esta vinculación entre el culto a los antepasados y las estructuras sociales igualmente se encuentra en el trabajo de Kopytoff (1971), realizado en Suku (suroeste del Congo).

Su etnografía establece que los antepasados muertos son representados por los mayores en la estructura social. A diferencia de las distinciones generadas en Occidente entre la vida y la muerte, lo que se percibe es un continuo entre los antepasados muertos y los ancianos vivos. Esta vinculación permite generar un sentimiento de respeto que fortalece la posición estructural hacia los mayores.

Culturalismo estadounidense

El culturalismo fue una corriente antropológica articulada alrededor de la figura de Franz Boas. De origen judío-alemán, Boas migró a Estados Unidos a fines del siglo XIX.

Allí tuvo un papel preponderante en la institucionalización de la disciplina, creando una perspectiva crítica al racismo, abogando por el relativismo cultural y proponiendo que las culturas no pueden ser medidas según criterios evolutivos. Aunó estas ideas en el concepto de *particularismo histórico*, estableciendo que la interpretación de las prácticas (simbólicas, sociales, rituales, relacionales) de los grupos culturales debiera partir de la comprensión de sus simbolismos, lógicas y sentidos propios. Estas nociones presupusieron un giro al concepto de cultura, despegándolo de las interpretaciones biologicistas, subrayando la relación entre cada grupo y su formación cultural específica.

Ya en la primera década del siglo XX, Boas (1911) ofreció una interpretación culturalista para el proceso de envejecimiento, explicitando que este impactaría diferencialmente los distintos tipos de sociedad. Observó entonces que los modos de vida repercuten de forma heterogénea en las condiciones sociales, y en las capacidades físicas de los ancianos. Boas y sus colaboradores demostraron un

interés temprano respecto de los temas del envejecimiento, abordándolo desde inicios del siglo XX a partir de tres ejes de interés.

El primero refiere al registro e interpretación de las menciones a los ancianos en cuentos, mitos y leyendas de los grupos nativos de territorios estadounidenses y mexicanos. El propio Boas (1912), en su análisis de los mitos de los pueblos de Oxaca (México), relata un cuento titulado *God* (Dios), en el que tres hermanos, con diferente fortuna, se encuentran con un hombre viejo con lepra.

Solo el menor de los hermanos, el que tenía menos posesiones materiales, se acerca para ofrecer ayuda al viejo.

Este gesto le garantiza su entrada al cielo. De este modo, se muestra una doble apreciación sobre la vejez. En su dimensión aparente, ella se vincula a la enfermedad y al deterioro; pero en su dimensión intrínseca, remonta a un poder mágico, a las capacidades y autoridad religiosa de quienes se encuentran en edad avanzada.

Otro ejemplo proviene de la compilación de mitos del pueblo *Blackfoot* (pies negros), de Wissler y Duvall (1909). En estos mitos, el Anciano (*Old man*) es el ser creador del universo y de las cosas que existen en él. No obstante, el sentimiento de los *blackfoot* acerca de este ser no era de respeto:

> Siempre preguntábamos si alguna vez le rezaban al Anciano, lo absurdo de la pregunta provocaba alegría. La respuesta habitual era que nadie tenía suficiente confianza en él para hacer tal llamado. En la conversación diaria, su nombre se usa a menudo como sinónimo de inmoralidad. Sin embargo, no debe darse a entender que se le considera un espíritu maligno. Su nombre está especialmente asociado con cosas obscenas y pertenecientes a la inmoralidad sexual. He oído decir al Piegan que tal y cual «deben estar tratando de ser como el Anciano; no se le puede confiar estar con mujeres» (Wissler & Duvall, 1909, pp. 10-11. Traducción propia).

En este ejemplo, vemos un Anciano cuyo poder está vinculado a la sexualidad, a los actos libidinosos y, además, a lo maligno. Estos mismos autores son pioneros, adicionalmente, en observar y analizar la presencia simbólica de las mujeres mayores en los mitos de origen de los *blackfoot*, en los cuales la definición respecto de la

vida y la muerte, y acerca de la jerarquía simbólica entre los sexos, se representa a través de la conversación entre el Anciano (*Old men*) y la Anciana (*Old woman*):

> Hubo un tiempo en que solo había dos personas en el mundo, el Anciano y la Anciana. Una vez, cuando estaban viajando, el Anciano se encontró con la Anciana, quien dijo: «Ahora, lleguemos a un acuerdo de algún tipo; decidamos cómo vivirá la gente». «Bueno», dijo el Anciano, «Yo voy a tener la primera palabra en todo». A esto la Anciana estuvo de acuerdo, siempre que ella tuviera la segunda palabra (Wissler & Duvall, 1909, pp. 19-20. Traducción propia).

La atención a las mujeres mayores, y el reconocimiento de su lugar de estatus social, en los relatos mitológicos aparece también en el trabajo de Earle (1919, p. 95).

En su etnografía, el autor reconstruye los mitos de origen de los indígenas apache, que narran que la esposa del Sol es una hermosa mujer anciana. A su vez, Voegelin (1944) describe el cambio en el mito de origen de los *shawnee*, mostrando que, en un primer momento, los nativos habían considerado al creador del mundo (denominado por ellos el «Abuelo») como un hombre.

Pero que luego cambiaron el relato para describirlo como una mujer mayor (la «Abuela»), la cual tendría el poder mágico de protegerlos frente a los blancos (Voegelin, 1944, p. 372). Se hipotetiza que esta transformación podría ser resultado del contacto con pueblos iroqueses, cuya principal diosa es una entidad femenina, o con misioneros católicos, asociándose, en este caso, a la figura de la Virgen María (Voegelin, 1944, p. 274). Vimos que los trabajos funcionalistas franceses describieron aspectos de la importancia simbólica de las mujeres mayores; lo cierto es que las referencias a ellas son escasas en la antropología clásica producida en Europa (San Román, 1990; Colom, 1999). En este sentido, los estudios culturalistas estadounidenses muestran una temprana predisposición a considerar las diferenciaciones sexuales del envejecimiento, visibilizando a las ancianas; constituyen, por tanto, una vanguardia antropológica en lo que al tema refiere.

El segundo eje está conectado precisamente con el papel de las mujeres mayores, pero no en las narraciones mitológicas, sino como informantes clave. A diferencia de los antropólogos clásicos franceses y británicos, que solían omitir las ayudas de las «ancianas» mencionando solamente a los informantes hombres (Keith, 1980), los investigadores culturalistas explicitaron su interlocución con las mujeres mayores. Ejemplo de lo anterior es el trabajo de Bird (1909), acerca de las costumbres de las mujeres *cheyene*; el de Lowie (1919), respecto de los *crow* (cuervos); y el de Rainey (1947) en relación a los *tigara*. Para este último, la interlocución con las ancianas permitió una interpretación radicalmente divergente de la encontrada en la literatura anterior referida a la costumbre del intercambio de esposas.

> Las ancianas dicen que no les gustaba el intercambio de esposas. Una pequeña habitación fuera de la entrada era el lugar habitual para dormir con la esposa del otro hombre. Muchas mujeres describen sus experiencias en estas salas de intercambio de esposas como desagradables e indeseables (Rainey, 1947, p. 242. Traducción propia).

Vemos entonces como la perspectiva femenina permite entrever una conflictividad latente y una oposición al poder masculino, junto con la construcción de normas y costumbres vinculadas a este poder. El dato etnográfico posibilita el suponer que de haber incluido las visiones femeninas respecto de los procesos sociales —y, particularmente, de haber incluido las visiones de las mujeres mayores en posición de autoridad mágica, social, ritual o simbólica—, la antropología clásica hubiera podido encontrar muchos más indicios de conflictos, desafiando así las ideas acerca de orden y equilibrio que respaldaron las teorizaciones francófonas y británicas hegemónicas en la primera mitad del siglo XX (Gluckman, 2006).

El tercer eje alude a la participación de las mujeres ancianas en rituales. Por ejemplo, Skinner (1915, p. 197) señala y analiza las prácticas de una mujer mayor de la etnia *menomini* realizando ritos de sanación.

Wissler (1916, p. 77) describe la participación de ancianas *oglala* en rituales exclusivos de mujeres; y Lowie (1919, p. 119) en el

ritual del tabaco de los *crow*. Por su parte, Reagan (1930) observa que estas mujeres son parte importante de los ritos de transición a la adolescencia entre los *apache*. Inez (1946) describe que las ancianas *cheyenne* son quienes se encargan de corregir las marcas de nacimiento de los recién nacidos, las cuales son consideradas un mal presagio. Rainey (1947) observa que, entre los *tigara*, los cazadores recién iniciados otorgan regalos a las mujeres ancianas, ante sus primeras cacerías, para asegurar un buen desempeño.

***

Más allá de la importancia de las contribuciones de las escuelas clásicas (francesas, británicas y estadounidenses) que sintetizamos hasta aquí, nuestra revisión demuestra que primó en ellas un abordaje parcial respecto a la cuestión del envejecimiento. La mayoría de los estudios que tocaron el tema dieron preeminencia a los hombres mayores en posición de prestigio y poder, invisibilizando la importancia social y simbólica de las ancianas, produciendo un modelo arquetípico de envejecimiento antagónico al que ellos consideraban propio de las sociedades urbanas occidentales. De esta manera, el «otro anciano», que ocupa un lugar de autoridad en las formaciones sociales entonces consideradas «primitivas», es retratado como un opuesto al «anciano propio», que en las sociedades urbanas sufre un proceso de marginación y pérdida de poder. En el capítulo que sigue, veremos cómo estas perspectivas empezaron a cambiar.

Referencias

Belando, M. (2006). Modelos sociológicos de la vejez y su repercusión en los medios. Reconstruyendo identidades. Una visión desde el ámbito educativo. *Comunicación e Cidadanía*, (4), 77-93.

Bernardi, B. (1979). El sistema de edad de los pueblos nilo-hamíticos: una valoración crítica. En J. R. Llobera (Ed.), *Antropología Política* (pp. 215-238). Barcelona: Anagrama.

Bird, G. (1902). Cheyenne Woman Customs. *American Anthropologist,* 4 (1), 13-16.

Bird, R. B. & Codding, B. F. (2015). The Sexual Division of Labor. En R. Scott, S. Kosslyn & M. Buchmann (Eds.), *Emerging Trends in the Social and Behavioral Sciences: An Interdisciplinary, Searchable, and Linkable Resource* (pp. 1-16). London: John Wiley & Sons.

Boas, F. (1911). *The Mind of Primitive Man*. Nueva York, NY: The Macmillan Company.

Boas, F. (1912). Notes on Mexican Folklore. *The Journal of American Folklore,* 25 (97), 204-260.

Bradbury, R. E. (2004 [1966]). Fathers, and Ghosts in Edo Religion. En M. Banton (Ed.), *Anthropological Approaches to the Study of Religion* (pp. 127-154). Londres: Routledge Library.

Cadenas, H. (2016). La función del funcionalismo: una exploración conceptual. *Sociologias*, 18 (41), 196-214.

Clark, M. (1967). The Anthropology of Aging, a New Area for Studies of Culture and Personality. *Gerontologist,* 7 (1), 55-64.

Cohen, L. (1994). Old Age: Cultural and Critical Perspectives. *Annual Review of Anthropology,* 23, 137-158.

Colom, J. (1999). Vejez, representación social y roles de género. *Educació i Cultura: revista mallorquina de Pedagogia*, (12), 47-56.

Des Chenes, M. (1997). Locating the Past. En A. Gupta & J. Ferguson (Ed.), *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science* (pp. 66-85). Berkeley, CA: University of California Press.

Domínguez, S. R. (1989). *La vejez: historia y actualidad*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Durkheim, É. (1987 [1893]). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.

Durkheim, É. (2001 [1895]). *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Akal.

Durkheim, É. (2012 [1888]). Introducción a la sociología de la familia. En E. Durkheim, *El Estado y otros ensayos* (pp. 81-100). Buenos Aires: Eudeba.

Durkheim, É. (2012 [1892]). La familia conyugal. En E. Durkheim, *El Estado y otros ensayos* (pp. 101-112). Buenos Aires: Eudeba.

Durkheim, É. (2012 [1897]). La prohibición del incesto y sus orígenes. En E. Durkheim, *El Estado y otros ensayos* (pp. 113-171). Buenos Aires: Eudeba.

Durkheim, É. (2012 [1912]). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Morena: Colofón.

Durkheim, É. (2016 [1897]). *El suicidio*. Madrid: Epublibre.

Earle, P. (1919). Myths and Tales from the White Mountain Apache. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 24, 89-139.

Evans-Pritchard, E. (1979 [1948]). La realeza divina de los shilluk del Sudán. En J. R. Llobera (Ed.), *Antropología política* (pp. 297-316). Barcelona: Anagrama.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat & Á. Martínez (Eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 319-335). Barcelona: Ariel.

Foner, A. (1974). Age Stratification and Age Conflict in Political Life. *American Sociological Review,* 39, 187-196.

Foner, A. (1975). Age in Society: Structures and Change. *American Behavioral Scientist*, (19), 289-312.

Fortes, M. (1984). Age, Generation, and Social Structure. En D. I. Kertzer & J. Keith (Eds.), *Age and Anthropological Theory* (pp. 99-122). Ithaca, NY: Cornell University Press.

Fortes, M. & Evans-Pritchard, E. (1979). Sistemas políticos africanos. En J. R. Llobera (Ed.), *Antropología política* (pp. 85-105). Barcelona: Anagrama.

Frazer, J. G., (2011 [1890]). *La rama dorada*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gluckman, M. (2006). Ethonographic Data in British Social Anthropology. En T. Evens & D. Handelman (Eds.), *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology* (pp. 13-22). Nueva York, NY: Berghahn Books.

Gray, J. H. (1878). *China: A History of the Laws, Manners, and Customs of the People*. Londres: MacMillan.

Hall, G. S. (1922). *Senescence, the Last Half of Life*. Nueva York: Appleton.

Holmberg, A. R. (1950). Nomads of the Long Bow. *Smithsonian Institute Society of Anthropology,* (10), 1011-1018.

Hughes, C. C. (1961). *The Concept and Use of Time in the Middle Years: the St. Lawrence Island Eskimo*. Nueva York. NY: Oxford University Press.

Inez, S. M. (1946). Notes on Cheyenne child life. *American Anthropologist,* 48 (1), 60-69.

Keith, J. (1980). "The Best Is Yet to Be". Toward and Anthropology of Age. *Annual Review of Anthropology, 9,* 339-364.

Kopytoff, I. (1971). Ancestors as Elders in Africa. *Africa,* 41 (2), 129-142.

Kropff, L. (2010). Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Avá. Revista de Antropología*, (16), s.f.

Lauriston, R. (1979). Pueblos sin política. En J. R. Llobera (Ed.), *Antropología política* (pp. 155-166). Barcelona: Anagrama.

Lévi-Strauss, C. (1979 [1971]). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En M. Mauss, *Antropología y Sociología* (pp. 13-44). Madrid: Technos.

Lévi-Strauss, C. (2003 [1968]). *Mitológicas III, El origen de las maneras de mesa*. México: Siglo XXI.

Lévi-Strauss, C. (2008 [1952]). Papá Noel en la pira. *Maguaré*, (22), 21-42.

Lips, J. (1946). Reviewed Work: The Role of the Aged in Primitive Society by Leo W. Simmons. *Social Research,* 13 (2), 254-256.

Lowie, R. (1919). The Tobacco Society of the Crow Indians. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 21, 101-200.

Malkki, L. H. (1997). News and Culture: Transitory Phenomena and the Fieldwork Tradition. En A. Gupta & J. Ferguson. *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science*, (pp. 86-101). Berkeley, CA: University of California Press.

Mauss, M. (1979 [1905]). Ensayo sobre variaciones estacionales en las sociedades esquimales. Un estudio de morfología social. En M. Mauss, *Antropología y Sociología* (pp. 359-430). Madrid: Technos.

Mauss, M. (1979 [1924]). Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas. En M. Mauss, *Antropología y Sociología* (pp. 155-268). Madrid: Technos.

Mauss, M. (1979 [1929]). Efectos físicos ocasionados en el individuo por la idea de la muerte sugerida por la colectividad (Autralia y Nueva Zelanda). En M. Mauss, *Antropología y Sociología* (pp. 293-309). Madrid: Technos.

Mauss, M. (2014 [1901]). Comentarios a "La Rama Dorada" de James G. Frazer. *Rey Desnudo*, (5), 210-231.

Mauss, M. & Hubert, H. (1979 [1902]). Esbozo de una teoría general de la magia. En M. Mauss, *Antropología y Sociología* (pp. 45-154). Madrid: Technos.

Maxwell, R. J. (1970). The Changing Status of Elders in a Polynesian Society. *Aging and Human Development*, 1 (2), 137-146.

Meillassoux, C. (1989 [1975]). *Mujeres, graneros y capitales*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Morgan, L. H. (1871). *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*. Washington: Smithsonian Institution.

Morgan, L. H. (1877). *Ancient Society: Or, Researches in the Lines of Human Progress from Savagery, through Barbarism to Civilization*. Londres: MacMillan and Co.

Radcliffe-Brown, A. R. (1986 [1941]). Estudio de los sistemas de parentesco. En A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva* (pp. 63-106). Barcelona: Planeta-Agostini.

Radcliffe-Brown, A. R. (1986 [1940a]). Sobre las relaciones burlescas. Estudio. En A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva* (pp. 107-121). Barcelona: Planeta-Agostini.

Radcliffe-Brown, A. R. (1986 [1940b]). Nota adicional sobre las relaciones burlescas. En A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva* (pp. 122-134). Barcelona: Planeta-Agostini.

Radcliffe-Brown, A. R. (1986 [1969]). Introducción. En A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*. (pp. 9-24). Barcelona: Planeta Agostini.

Rainey, F. G. (1947). The Whale Hunters of Tigara. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 41, 231-283.

Reagan, A. B. (1930). Notes on the Indians of the Fort Apache Region. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 31, 281-344.

Restrepo, E. (2016). *Escuelas clásicas del pensamiento antropológico*. Cuzco: Vicente Torres Editor.

Riley, M. (1971). Social Gerontology and the Age Stratification of Society. *Gerontologist,* 11, 79-87.

Riley, M. (1987). On the Significance of Age in Sociology. *American Sociological Review,* 52 (2), 1-4.

Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. R. Reiter (Ed.), *Toward an Anthropology of Women* (pp. 157-210). Nueva York: Monthly Review Press.

Said, E. (2004). *Orientalismo*. Buenos Aires: Debolsillo.

San Román, T. (1990). *Vejez y cultura*. Barcelona: Fundación Caja de Pensiones.

Simmons, L. (1945), *The Role of the Aged in Primitive Society.* New Haven, CT: Yale University Press.

Skinner, A. (1915). Associations and Ceremonies of the Menomini Indians. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 13, 167-215.

Stocking, G. W. (1992). *The Ethnographer's Magic and Other Essays in History of Anthropology*. Madison, WI: University of Wisonsin Press.

Tait, D. (1979). El sistema político de los konkomba. En J. R. Llobera (Ed.), *Antropología política* (pp. 185-198). Barcelona: Anagrama.

Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Van Gennep, A. (1986 [1909]). *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus.

Vásquez, F. R. (2015). Retos y perspectivas de las ciencias sociales en el envejecimiento y la vejez: hacia la construcción y comprensión de la cultura de la vejez plena y feliz. *Perspectivas sociales*, 17 (2), 139-156.

Voegelin, E. W. (1944). The Shawnee Female Deity in Historical perspective. *American Anthropologist,* 46 (3), 370-375.

Wissler, C. (1916). Societies and Ceremonial Associations in the Oglala Division of the Teton-Dakota. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 11, 1-100.

Wissler, C. & Duvall, D. C. (1909). Mythology of the Blackfoot Indians. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* 3, 5-167.

Capítulo 2

Desenlaces anglófonos (1960-2020)

Herminia Gonzálvez Torralbo
Esteban Nazal
Menara Guizardi

Perspectivas modernizantes (1960-1980)[1]

En este capítulo revisaremos la emergencia —lenta y procesual— de una *antropología del envejecimiento*, en los términos de Keith (1980) (ver el debate en la introducción del libro). Es decir, abordaremos aquellos procesos a partir de los cuales las investigaciones antropológicas anglófonas pasaron a centralizar la experiencia social de las personas mayores.

Entre 1960 y 1980, fueron proliferando discusiones en torno a los desbarajustes de los procesos de modernización en los países del

[1] Agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, que financia este capítulo a través del proyecto Fondecyt 1201115 («Género y vejez: una etnografía sobre la organización social y moral de los cuidados en la comuna de Peñalolén, Santiago de Chile»).

Norte Global, las cuales permanecerán como un tema importante de la agenda antropológica por cerca de 40 años. Un primer aspecto, que debemos situar para este periodo, refiere al hecho de que el estudio de la vejez no constituyó un campo propio de las ciencias sociales, internacionalmente, hasta avanzado los años 80.

Así, el periodo que analizaremos en este apartado da cuenta de un proceso en que, paulatinamente, el envejecimiento se va traspasando de las ciencias médicas a las sociales. Sobre esto, es fundamental tener en mente que desde la década de los 40 se consolidó el área de las ciencias biológicas y de la salud denominada *gerontología* (Arquiola, 1995, p. 154). En sus inicios, esta era considerada un subcampo de la rama de la medicina denominada *geriatría*[2]. Pero los estudios gerontológicos se fueron acercando progresivamente a los debates y perspectivas sociales, independizándose de la geriatría (Yuni & Urbano, 2008, p. 153). Este proceso fue conflictivo, pues:

> Una parte de la tradición médica —la británica y la francesa— suponía que la gerontología sería un campo amplio, que abarcaría la geriatría como una subespecialidad. En Estados Unidos, la postura hegemónica fue la inversa: se preconizó a la gerontología como un subcampo de la geriatría, lo que culminó, en este país, en la separación de estas disciplinas (Gonzálvez & Guizardi, 2020, p. 3).

Es precisamente en Estados Unidos, entre los años 40 y 60, en que los debates gerontológicos inauguraron una primera generación de teorías interdisciplinarias entre las ciencias de la salud y las sociales para abordar la vejez. Estas incluían «las teorías de la actividad, de la desvinculación, de la modernización y de la subcultura de la vejez» (Yuni & Urbano, 2008, p. 152). Estos desenlaces tendrían impactos importantes en la antropología, inspirando el surgimiento, en la Escuela de Chicago —ya a partir de los años 50—, de nuevos abordajes para el estudio de la vejez, en los que se interpelaban las perspectivas de la psicología, antropología y sociología.

---

[2] Especialidad médica creada en la primera década del siglo XX (Ramos Toro, 2015, p. 71) para abordar los problemas fisiológicos, patológicos, legales y asistenciales de la población mayor (Arquiola, 1995, p. 152).

En este periodo, las guerras de descolonización y las turbulencias políticas de la Guerra Fría provocan cambios importantes en la estructuración de la antropología en las universidades del Norte Global (Stolcking, 1992), con una popularización de las etnografías urbanas realizadas en las sociedades de origen de los y las antropólogas. Estos trabajos redimensionaron la estructuración temática de antropología, abordando problemáticas y adaptaciones sociales a los procesos de urbanización e industrialización (Malkki, 1997). De esta manera, las experiencias diversas de modernidad y de la modernización pasaron a ocupar un *locus* central entre las preocupaciones antropológicas. Lo curioso es que este giro no supuso un cuestionamiento inmediato de la alterización «nosotros/los otros», como parte del edificio epistemológico de la antropología (Des Chene, 1997). La imposibilidad de acceder a los grupos «primitivos» derivó en un desplazamiento focal; la búsqueda por estos «otros» se relocalizó, situándose en los márgenes de las sociedades capitalistas centrales. Esto supuso un cambio temático, teórico y metodológico importante, con el abordaje de fenómenos como la pobreza, la migración campo-ciudad e internacional, la violencia y los conflictos políticos. No obstante, como sintetizó Hannerz (1986, p. 363), la antropología siguió obsesionada por encontrar a sus «otros prioritarios».

En este contexto disciplinario y político, se realizaron en Estados Unidos los primeros estudios preocupados por entender las consecuencias sociales de la modernización, industrialización y urbanización en la experiencia social de las personas mayores, así como en la producción de representaciones y simbologías acerca del envejecimiento. Estos estudios iniciales estuvieron particularmente respaldados por los marcos analíticos y metodológicos del interaccionismo simbólico de la Escuela de Chicago (Feixa, 1996; Ramos, 2003), de los cuales es posible identificar cinco formulaciones específicas derivadas de este enfoque.

La primera refiere a las propuestas de Burgess (1960). El autor asumía que los problemas de integración de las personas mayores se explicaban porque, en esta etapa, los roles sociales ocupados por los

sujetos —en los que usualmente se apoyan las identidades personales y grupales— se pierden y/o transforman.

Simultáneamente, se adquieren nuevos roles y marcadores de identidad, aunque estos son reducidos en comparación con los de la juventud (Agulló, 2001; Ramos, 2013). Esto repercute en la disminución de las interacciones y funcionalidades sociales; las personas suelen vivir este proceso como una pérdida multidimensional de su utilidad. Estas reflexiones sedimentan la «Teoría del Vacío de Roles» de Burgess (1960).

La segunda alude a la «Teoría de la Desvinculación» de Cumming y Henry (1961), en la que encontramos una teorización similar a la de Burgess (1960), pero con una mirada menos negativa respecto del envejecimiento. Cumming y Henry (1961) también asumían que las personas pierden roles sociales en la medida que envejecen, relacionando este proceso a la progresiva desvinculación de las relaciones sociales. No obstante, comprendían que estos desenlaces podrían incluso ser beneficiosos, dado que la reducción de cargas, actividades y presiones sociales pueden fomentar un sentimiento de satisfacción entre las personas mayores (Cumming & Henry, 1961; Belando, 2006). Esta teoría constituyó una corriente analítica hegemónica hasta fines del siglo XX (Osorio, 2006, p. 7).

La tercera corresponde a los enfoques interaccionistas como el de Rose (1962, 1965), quien proponía comprender la experiencia de la vejez como una «subcultura», argumentando que las personas mayores viven experiencias comunes de las identidades y de los códigos sociales, puesto que comparten procesos semejantes vinculados, por ejemplo, al aislamiento y reducción de relaciones sociales (Bravo, 2014). En esta línea, se incluyen también las investigaciones de Jacobs (1974) acerca de personas de más de 50 años en California.

El autor se ha adherido a estas formulaciones observando no solo las experiencias comunes de la identidad y de los códigos sociales, sino también a las formas de organización comunitaria y los rituales compartidos (Feixa, 1996, p. 11). Siguiendo estas ideas, Anderson (1972) estudia hombres mayores de 60 años en San Francisco, describiendo cómo los condicionamientos (conscientes e inconscientes)

los retiran gradualmente de las actividades sociales y culturales, implicando una «deculturación».

La cuarta refiere a las aportaciones de Cowgill y Holmes (1972), que preconizan el observar los cambios negativos y las pérdidas de estatus de las personas mayores, producto de la exclusión y aislamiento social. En este análisis, se subraya la burocratización del envejecimiento a través de la institucionalización del retiro laboral, con la obligación de atenerse a los requisitos formales para el recibimiento de la jubilación, y con un progresivo control médico sobre las actividades, costumbres y prácticas vitales (Cowgill & Holmes, 1972; Feixa, 1996). Esta perspectiva pone de relieve las formas, por medio de las cuales el Estado construye mecanismos institucionales que clasifican y normalizan las prácticas y relaciones sociales de las personas mayores.

Antes de seguir con las descripciones, conviene recuperar las formulaciones teóricas acerca de la modernidad que estas cuatro primeras líneas compartían. Burgess (1960), Rose (1962) y Cowgill y Holmes (1972) coincidían en conceptualizar las sociedades y centros urbanos como unidades funcionales subdivididas internamente, ya sea por criterios territoriales o por la diferenciación de subgrupos sociales. Asumían que cada una de las partes de esta subdivisión desempeñaba un rol funcional a la permanencia de la sociedad. Amparaban estas nociones en una lectura de la modernización como el eje determinante de la significación y de la repartición de estos roles sociales. De este modo, postulaban que las personas y grupos adscritos a las funciones reproductivas se encontrarían en un estatus social marginado, dada la centralidad social otorgada en las sociedades urbanas industriales a los roles productivos. A partir de esta aseveración, explicaban la exclusión económica, simbólica y relacional de jóvenes y personas mayores, vinculándola a su asociación a los sectores sociales menos activos en las funciones productivas. Asimismo, observaban que estas visiones modernas respaldaban significaciones culturales en relación al estado fisiológico del cuerpo envejecido, asociándolo a las limitaciones y enfermedades (Osorio, 2007; Ramos, 2013).

Los críticos perciben que estas formulaciones constituyen una lectura homogeneizadora y simplificadora de la vejez (Feixa, 1996). Aunque también es importante situar que ellas suponen cambios relevantes en el abordaje que la antropología había dado hasta entonces al envejecimiento. Como vimos, en las escuelas clásicas —salvo algunas excepciones— las personas mayores de las sociedades tribales eran retratadas en lugares de prestigio en lo que concierne a las distinciones de estatus, a los ordenamientos simbólicos y religiosos, y a las funciones políticas. Al centrarse en las sociedades urbanas, estas investigaciones estadounidenses pasaron a retratar el envejecimiento como un proceso de decrepitud física y de marginación económica, social y simbólica.

El diálogo entre estas dos visiones antropológicas del envejecimiento es lo que caracteriza a la quinta línea. Un grupo nutrido de investigadores centrará su interés en la problemática de la distribución y origen de la autoridad, junto con los cambios de los roles entre distintos grupos de edad. Sin embargo, buscarán comprender estos temas relacionándolos con el impacto de la modernización y la imposición de los modos de vida urbanos e industriales en las sociedades «tradicionales», las que eran denominadas «primitivas» en la antropología clásica. Así, realizan sus trabajos de campo en países del Sur Global, pero buscando observar en ellos los conflictos y cambios sociales en la tensión entre tradición y modernidad.

Ejemplos de estas preocupaciones aparecen en el trabajo de Talmon (1961) respecto de las dificultades sociales de las personas mayores en comunidades judías israelitas, en plena transición a la modernización de los regímenes de trabajo. Este proceso conllevaba la transformación de costumbres sociales de larga duración, con relación al estatus atribuido a los y las ancianas. Estos sucesos eran vividos por personas mayores de diferente estratificación socioeconómica con tristeza y dolor, debido a la sensación generalizada de un desplazamiento de su autoridad social y simbólica. Asimismo, la sensación de marginación se radicalizaba entre las mujeres que, generalmente, ocupaban posiciones de estatus inferiores a las masculinas. Talmon (1961) observó que ellas sufrían más intensamente

los mandatos de belleza y las exigencias acerca de la apariencia de su cuerpo, estableciendo una perspectiva pionera respecto de las desigualdades del envejecimiento entre hombres y mujeres en sociedades urbanas. A su vez, Harlan (1964) describe el enfrentamiento entre los sistemas tradicionales que atribuían prestigio y poder a los y las personas mayores, con las representaciones del envejecimiento asociadas al proceso de urbanización en aldeas del norte de India. Muestra cómo este proceso desplaza el prestigio de los y las ancianas, correlacionando estos aspectos con los cambios educacionales, condiciones socioeconómicas, conflictos interfamiliares y los procesos de enfermedad.

En esta línea, pero con una propuesta comparativa novedosa, Maxwell (1970) recuperó los estudios de Gray (1878), Holmberg (1950) y Hughes (1961). Su análisis establece una crítica a la perspectiva sincrónica de estos autores, rescatando de ellos sus debates acerca de los sistemas de estatus y las formas de trato a los y las ancianas en los pueblos esquimales, bolivianos y chinos. Abogó por la necesidad de profundizar en el entendimiento de la diversidad de las experiencias del envejecimiento en sociedades consideradas primitivas, de cara a analizar fehacientemente los problemas que el proceso de modernización acarreaba a estos grupos (Maxwell, 1970, p. 137). Su revisión de estos trabajos respaldó el análisis de su propia data etnográfica, respecto de los cambios en los sistemas de estatus de los ancianos en polinesia. Con una perspectiva muy parecida, Lkels (1975) investigó, etnográficamente, la emergencia de prácticas de negligencia y descuido (*neglect*) hacia los y las ancianas de los sectores urbanos pobres de Hong Kong, mostrando cómo la tradicional ética de la «piedad filial» remitía o dejaba de tener vigencia entre estos grupos (Lkels, 1975). Por otra parte, esta misma visión tradicional parecía reforzarse entre los sectores sociales más pudientes, en los que se seguía venerando e idealizando a las personas mayores como fuente de autoridad legítima y conocimiento.

Cabe subrayar que los estudios de esta quinta línea no se limitaron a los trabajos etnográficos realizados fuera de Estados Unidos. Wylie (1971), por ejemplo, trabajó con comunidades

afrodescendientes estadounidenses, indagando acerca de los procesos de integración y valores asociados a la vejez en ellas. Rastreó la permanencia de normas y valores asociados a sus antepasados provenientes de comunidades de territorios occidentales de África, que atribuían a las personas mayores mejores posiciones de prestigio, que otras comunidades estadounidenses. También habría que mencionar al trabajo de Foner y Kertzer (1978) con relación a los procesos de transición del ciclo vital de personas provenientes de sociedades africanas en Estados Unidos, cuyo sistema de prestigio y estatus se basan en la edad. Sus etnografías destacaron las consecuencias de las tensiones intergeneracionales (entre jóvenes y personas mayores), enfatizando los mecanismos adaptativos comunitarios para mitigar estas tensiones.

El legado de Margaret Mead

En Estados Unidos, los debates respecto al envejecimiento ganarían una nueva dimensión a partir de las contribuciones de Margaret Mead —quien fue alumna de Boas—, y de la formación de la escuela denominada «Cultura y personalidad». Esta escuela propuso una articulación entre el particularismo histórico de Boas y el psicoanálisis, buscando comprender las relaciones entre los patrones culturales y los tipos de personalidad (Restrepo, 2016).

En el marco de estos cuestionamientos, Clark (1967) publicó una revisión crítica de la escasa literatura antropológica respecto de la vejez en los años 60. Su enfoque se centró en indagar sobre la transición de la adultez a la vejez, situando los cambios en la estabilidad emocional, la reorganización de valores, posiciones de estatus, metas y conductas sancionadas socialmente (Clark, 1967, p. 56). A través de este ejercicio, concluyó que las personas aprenden las formas culturalmente aceptadas de envejecer, y que la inadaptación a estas pautas deviene en conflictos sociales (Clark, 1967, p. 63). A diferencia de los estudios precedentes, la autora dirige sus análisis a los cambios sociales en las ciudades estadounidenses, forjando una perspectiva antropológica sobre el envejecimiento, que busca

responder a los problemas de las sociedades de origen de los y las antropólogas. Con sagacidad analítica, observa cómo, en diferentes partes de Estados Unidos, se naturaliza la obligación por parte de las personas mayores de mantener su autonomía (económica, de cuidados, sentimental y social). Esta obligación se hace acompañar por la generalización de un sentimiento de miedo a la dependencia y a someterse a situaciones de descuido o «negligencia» (*neglect*) (Clark, 1967, p. 60).

En los 70, tras 35 años de investigación, Mead (1997 [1970]) publicó *Cultura y compromiso. El mensaje de la nueva generación*, un libro marco para el tratamiento antropológico de las generaciones. La obra analizaba cómo distintos grupos articulaban sus mecanismos de transmisión del conocimiento, señalando la relevancia de las relaciones intra e intergeneracionales en la producción/reproducción de pautas culturales. Mead describe, entonces, tres modelos de formaciones culturales en lo que concierne a la enseñanza de estas pautas y a los criterios de autoridad y subjetividad entre las distintas generaciones: «*posfigurativas*, en la que los niños aprenden primordialmente de sus mayores; *cofigurativa*, en la que tanto los niños como los adultos aprenden de sus pares; y *prefigurativa*, en la que los adultos también aprenden de los niños» (Mead, 1997 [1970], p. 35).

En las formaciones *posfigurativas*, los procesos de cambio social serían lentísimos, configurando un estado de continuidad entre las generaciones. En ellas, las personas mayores serían quienes transmiten y guardan el conocimiento, poseyendo una sabiduría fundamental para la supervivencia de la sociedad. Además, «su continuidad depende de los planes de los ancianos y de la implantación casi imborrable de dichos planes en la mente de los jóvenes» (Mead, 1997 [1970], p. 39). Las formaciones *cofigurativas* y *prefigurativas*, a su vez, otorgarían a las generaciones más jóvenes protagonismo en la producción de pautas, esquemas culturales y subjetividades, desplazando a los mayores del rol de transmisores culturales. Como veremos a continuación, los trabajos de Mead son parte de un giro analítico que transformará los análisis de las experiencias de la edad

en un subcampo antropológico. En este sentido, su obra significa un hito fundamental en la constitución de la antropología de las edades y, en ella, de la vejez. Estos debates se van sedimentando, no obstante, en el marco de un cuestionamiento respecto de las fracturas y desacomodos provocados por la modernización social.

Si bien en estas perspectivas significaron avances temáticos importantes, vemos en ellas una reproducción del abordaje de las personas mayores como un «otro». Ancianos y ancianas, al igual que niños y niñas, son comprendidos como parte de los márgenes sociales, en una situación tensa entre la integración y exclusión. Primó, de esta manera, una visión pesimista acerca del envejecimiento, que solamente sería desafiada antropológicamente a partir de los 80, con los giros críticos sobre el tema en la disciplina.

Giros críticos anglófonos (1980-2020)

A partir de los 80, los estudios de antropología de la vejez se diversificaron, planteándose nuevos problemas e interrogantes de investigación que serían compartidos por autores y autoras internacionales, pero publicando predominantemente en inglés. Esto fomentó la emergencia de un conjunto crítico de estudios, que cuestionaron las naturalizaciones de la antropología clásica y de las perspectivas centradas en los procesos de modernización. Es posible agrupar estas contribuciones críticas bajo tres perspectivas: fenomenológica (Kaufman, 1986), hermenéutica (Myerhoff, 1978), y racionalista (Lock, 1994; Cohen, 1995):

> Sugiero tres direcciones en las cuales los antropólogos se involucraron críticamente en el estudio de la vejez, más allá del aislamiento subdisciplinario actual: un enfoque fenomenológico en la experiencia, la encarnación y la identidad; un enfoque crítico en las racionalidades y hegemonías, a través de las cuales se experimenta y representa el envejecimiento; y un enfoque interpretativo en el examen de la relevancia de la edad del etnógrafo para las formas de producción de conocimiento (Cohen, 1994, pp. 151-152. Traducción propia).

Las tres coinciden en su carácter reflexivo acerca de la identidad y la experiencia del envejecimiento, considerando los contextos de producción de significados hegemónicos y contrahegemónicos respecto a la edad. Dialogando con debates gramscianos, abordaron las percepciones y significados de la vejez desde distintos grupos subalternos o alterizados. Además, indagaron sobre la reproducción, resistencia simbólica y práctica social de las personas mayores, teorizándolas a partir de conceptos como hegemonía, poder o alteridad (Feixa, 1996, p. 326). Se pueden agrupar los trabajos de estas tres líneas bajo al menos cuatro ejes temáticos.

El primero se refiere al estudio del envejecimiento como proceso identitario. Con este abordaje, Kaufman (1986) describe la experiencia de la vejez como un proceso discontinuo entre las categorías sociales externas (impuestas a las personas), el proceso biológico y la construcción de un «yo» envejecido o envejeciendo. Las experiencias recogidas por la autora establecen significaciones que cuestionan las visiones homogenizadas y negativas respecto de la vejez, que predominan en las teorías de la modernidad. Con ello, demuestra que el envejecimiento engendra una articulación compleja, ambigua y diversa entre individuo y sociedad, la cual está interpelada por variables culturales o de clase. En efecto, su obra pone en cuestión la idea del «yo envejecido», argumentando que la construcción del «yo» puede exceder a las clasificaciones etarias, dado que las personas mantienen, a lo largo de la vida, sentidos de continuidad identitaria que les permiten enfrentar los cambios. Además, demostró que la percepción de la identidad etaria es situacional.

Mientras algunas personas entrevistadas no se sentían viejas, otras declaraban sentirse así solamente en determinados contextos (Kaufman, 1986, p. 7):

> La identidad no se congela en un momento estático del pasado. Las personas mayores formulan y reformulan los símbolos personales y culturales de su pasado para crear un sentido de sí mismos significativo y coherente y, en el proceso, crean un presente viable. De esta manera, emerge el «Yo sin edad»: su definición es continua, persistente y creativa (Kaufman, 1993, p. 14. Traducción propia).

El segundo alude al entroncamiento entre identidades sociales, vejez y género. En este campo, los trabajos de Lamb (1993, 1997, 1999) constituyen una importante referencia. En uno de sus estudios, realizado en aldeas bengalí (en territorios limítrofes entre Bangladesh e India), observó que los significados de la vejez son diversos no solamente entre diferentes etnias, clases o naciones, sino que también varían a lo largo del curso de vida de una misma persona (Lamb, 1993). Reitera así las apreciaciones de Kaufman acerca del carácter dinámico de las identidades etarias, complementando esta apreciación con la noción de que estos cambios no son aleatorios, sino que están diferenciados por criterios de género: las dinámicas serían diferentes para hombres y mujeres. Estos debates influenciarían las investigaciones futuras en relación a la corporalización de la vejez y del género[3]. En otro estudio realizado con viudas bengalíes, Lamb (1997) describe cómo los lazos interpersonales se hacen y deshacen a través de distintos hitos biográficos.

Observa que ellas experimentan una mayor cantidad y variedad de hitos que los hombres, y que esto se vincula al papel que desempeñan desde el matrimonio hasta la vejez. Concluye, entonces, que el envejecimiento y el género son partes fundamentales de la conformación de la personalidad, marcando las transformaciones vitales y la construcción/ruptura de vínculos (Lamb, 1997, p. 296).

Profundizando en la relación de estas viudas con la sexualidad, el género y la edad, Lamb (1999) revela que la pérdida del cónyuge implica cierto empoderamiento femenino. Dado el carácter patrilineal del patriarcado entre los grupos bengalíes estudiados, las vidas de las mujeres están centralmente condicionadas (y limitadas) por el rol de «esposas». Cuando enviudan, encuentran una relativa libertad frente a estos mandatos de género, abriéndose así nuevas posibilidades identitarias.

---

[3] Por ejemplo, Lock (1994) indagó sobre las construcciones sociales acerca de la menopausia en Japón y Norteamérica, contrastándolas con sus experiencias personales y con una visión crítica del discurso biomédico. En estas averiguaciones, recuperó los estudios simbólicos y rituales de la escuela culturalista estadounidense en torno a la tercera edad, teorizándola como un proceso liminal y ambiguo.

Estas pueden estar marcadas por una mayor valoración social dada su posición de madres proveedoras; también pueden vincularse a una noción de «pureza asexual». En otros casos, se les puede conceder una independencia que usualmente solo detentan las figuras masculinas (Lamb, 1999, p. 566).

Una década después, recuperando varios de los ejes tratados por Kaufman y Lamb, Kleinspehn-Ammerlahn *et al.* (2008), realizaron un estudio longitudinal estadístico con personas de más de 60 años en Berlín (Alemania). Sus resultados demuestran una diferencia entre la edad física, la cronológica y la autopercibida. La mayoría de las personas encuestadas se sentían más jóvenes de lo que indicaba su edad cronológica; sin embargo, estas percepciones cambiaban en procesos de enfermedad, que estaban simbólicamente asociados a los hitos biológicos del envejecimiento. El estudio también registró una diferencia entre mujeres y hombres: las primeras se encontraban menos satisfechas con su envejecimiento que los segundos.

Entre ellas, la edad autopercibida era más cercana a la cronológica, fenómeno relacionado con los mandatos y exigencias sobre el cuerpo femenino y sus cambios en el tiempo.

El tercer eje nos lleva a los estudios en torno a las dimensiones corporales del envejecimiento, en los que se busca comprender la relación entre vejez y enfermedad. Aquí se pueden mencionar aportes de Cohen (1995), en sus investigaciones respecto de diferencias del proceso de envejecimiento, memoria y demencia en distintos contextos de clase y género en India. En esta misma línea, Pound *et al.* (1998) exploraron las consecuencias multidimensionales de los ataques cerebrovasculares entre cuarenta personas mayores de Inglaterra. Para ello, utilizaron un enfoque biográfico, enfatizando en la producción de relatos sobre estos hitos de salud y averiguando cómo ellos interpelaban los procesos subjetivos de identificación. Concluyeron que, más allá del carácter disruptivo de los incidentes de salud, la experiencia adquirida en el proceso de envejecimiento dotaba a los sujetos de distintas herramientas para enfrentar este tipo de situaciones. Se trata, por lo tanto, de una lectura que matiza las capacidades y valencias de las personas mayores, buscando

situar sus posibilidades de agencia. Esta perspectiva concerniente a la agencia en la vejez, enmarca también los estudios de Robles (2006) o Yunxing y Jing (2009) acerca de organizaciones autogobernadas de personas mayores, que enfatizan la dimensión política del proceso de envejecimiento.

El cuarto eje remite a inicios del siglo XXI, y se articula a una línea antropológica crítica alusiva a la relación entre los cuerpos, el envejecimiento y las políticas neoliberales. En ella destacan los trabajos como el de Katz (2000), quien ejecuta una detenida revisión teórica del concepto de «actividad» y «vejez activa». En este ejercicio, nota que estos conceptos están enmarcados en un discurso disciplinario, que configura un ideal de envejecimiento en las sociedades en que se rigen políticas neoliberales. En estas, se reestructura la relación entre las población mayor y Estado, con el intuito de disminuir los gastos estatales en materia de cuidado y dependencia.

Profundizando estas críticas, Marshall y Katz (2002) observan cómo las nociones neoliberales del envejecimiento activo impactan las experiencias y representaciones del cuerpo y de la sexualidad de las personas mayores, instalándose a través de las instituciones de salud y de empresas. Dan cuenta, precisamente, de cómo las representaciones de la vejez, como dependencia o como inactividad, van siendo progresivamente simultaneadas por discursos e imágenes que la asocian a la actividad y movilidad. Las personas mayores quedarían, entonces, atrapadas en las tensiones de las contradicciones entre estas representaciones, que responden a intereses económicos. La idea de la vejez como dependencia, y la naturalización de la obligación de las personas mayores de mostrarse potentes, dinámicas y activas, se direcciona a la construcción de lógicas de consumo para los fármacos y para «las soluciones médicas» que la industria genera.

Lamb (2014) recogió estas críticas en un estudio cualitativo con personas mayores norteamericanas y bengalíes, en el que indagaba respecto de sus percepciones acerca del «envejecimiento exitoso». Estableció un análisis crítico, percibiendo que las concepciones en relación al «éxito en la vejez» y de «envejecimiento activo», se vinculan a las necesidades de los Estados neoliberales, los cuales

promueven un ideal ético y social del cuidado de la salud y del cuerpo, bajo el fundamento de la biomedicina. No obstante, estas ideas son cultivadas con fines utilitaristas, de cara a reducir las responsabilidades estatales en lo que concierne al bienestar y cuidado de las poblaciones envejecidas. En el marco de estos discursos, la optimización del cuerpo envejecido —el volverlo activo— se reduce a los intereses de las políticas neoliberales, que buscan responsabilizar individualmente a las personas por mantener su autovalencia, para así disminuir las «tasas de dependencia» y, de esta manera, reducir las cargas económicas y políticas del Estado (Lamb, 2014, p. 43). Los datos etnográficos recopilados revelaron que las personas, efectivamente, incorporaron nociones de «envejecimiento exitoso» como parte de sus rutinas e ideales. Sin embargo, muestran que las personas con menos recursos económicos o estudios, sencillamente, no acceden a aplicar estas perspectivas (Lamb, 2014, p. 49).

Los estudios anglófonos críticos, producidos desde los 80, contribuyen a la visión antropológica del envejecimiento como un proceso heterogéneo. Sus trabajos permitieron problematizar la agencia de las personas mayores, situando su papel en las resignificaciones, en la producción de subjetividades y en la resistencia política (Keith, 1980, p. 342).

En el capítulo que sigue, veremos que varias de estas ideas fueron planteadas desde los años 70 en América Latina.

Referencias

Agulló, M. S. (2001). *Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psicosociológica*. Madrid: Imserso.

Anderson, B. G. (1972). The Process of Deculturation: Its Dynamics among United States Aged. *Anthropological Quarterly*, 45, 209-216.

Arquiola, E. (1995). *La Vejez a Debate: Análisis Histórico de la Situación Sociosanitaria de la Vejez en la Actualidad*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Belando, M. (2006). Modelos sociológicos de la vejez y su repercusión en los medios. Reconstruyendo identidades. Una visión desde el ámbito educativo. *Comunicación e Cidadanía*, (4), 77-93.

Bravo, F. (2014, diciembre). Aproximaciones teóricas al estudio de la vejez y el envejecimiento. En UNLP-FaCE (Ed.), *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP.* Presentación llevada a cobo en el VIII Jornadas de Sociología de la UNLP. UNLP, Ensenada, Argentina.

Burgess, E. (1960). *Aging in Western Societies*. Chicago, IL: Chicago University Press.

Clark, M. (1967). The Anthropology of Aging, a New Area for Studies of Culture and Personality. *Gerontologist,* 7 (1), 55-64.

Cohen, L. (1994). Old Age: Cultural and Critical Perspectives. *Annual Review of Anthropology,* 23, 137-158.

Cohen, L. (1995). Toward an Anthropology of Senility: Anger, Weakness, and Alzheimer's in Banaras, India. *Medical Anthropology Quarterly*, 9 (3), 314-334.

Cowgill, D. O. & Holmes, L. D. (1972). *Aging and Modernization*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts and Fleschner Publishing Company.

Cumming, E. & Henry, W. E. (1961). *Growing Old, the Process of Disengagement*. Nueva York: Basic Books.

Des Chenes, M. (1997). Locating the Past. En A. Gupta & J. Ferguson (Ed.), *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science* (pp. 66-85). Berkeley, CA: University of California Press.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat & Á. Martínez (Eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 319-335). Barcelona: Ariel.

Foner, A. & Kertzer, D. (1978). Transitions over the life course: Lessons from age-set societies. *American Journal of Sociology*, 83 (5), 1081-1104.

Gonzálvez, H. & Guizardi, M. (2020). Las mujeres y el envejecimiento en la investigación social (1950-2018). *Revista Estudos Feministas*, 28 (1), 1-14.

Gray, J. H. (1878). *China: A History of the Laws, Manners, and Customs of the People*. London: MacMillan.

Hannerz, U. (1986). Theory in Anthropology: Small is beautiful? The Problem of Complex Cultures. *Comparative Studies in Society and History*, 28 (2), 362-367.

Harlan, W. H. (1964). Social Status of the Aged in Three Indian Villages. *Vita Humana*, 7 (3/4), 239-252.

Holmberg, A. R. (1950). Nomads of the Long Bow. *Smithsonian Institute Society of Anthropology,* (10), 1011-1018.

Hughes, C. C. (1961). *The Concept and Use of Time in the Middle Years: The St. Lawrence Island Eskimo*. Nueva York, NY: Oxford University Press.

Jacobs, J. (1974). *Fun City: An Ethnographic Study of a Retirement Community*. Los Angeles: Holt McDougal.

Katz, S. (2000). Busy Bodies: Activity, Aging, and the Management of Everyday Life. *Journal of Aging Studies,* 14 (2), 135-152.

Kaufman, S. (1986). *The Ageless Self: Sources of Meaning in Late Life*. Madison, WI: University Wisconsin Press.

Kaufman, S. (1993). Reflections to "The Ageless Self". *Generations: Journal of American Society on Aging,* 17 (2), 13-16.

Keith, J. (1980). "The Best Is Yet to Be". Toward and Anthropology of Age. *Annual Review of Anthropology, 9,* 339-364.

Kleinspehn-Ammerlahn, A., Kotter-Grühn, D., & Smith, J. (2008). Self-perceptions of Aging: Do Subjective Age and Satisfaction with Aging Change During Old Age? *The Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences,* 63 (6), 377-385.

Lamb, S. (1993). *Growing in the Net of Maya: Persons, Gender, and Life Processes in a Bengali Society* [Tesis Doctoral]. Chicago, IL: University of Chicago.

Lamb, S. (1997). The Making and Unmaking of Persons: Notes on Aging and Gender in North India. *Ethos,* 25 (3), 279-302.

Lamb, S. (1999). Aging, Gender, and Widowhood: Perspectives from Rural West Bengal. *Contributions to Indian Sociology*, 33 (3), 541-570.

Lamb, S. (2014). Permanent Personhood or Meaningful Decline? Toward a Critical Anthropology of Successful Aging. *Journal of Aging Studies,* 29, 41-52.

Lkels, C. (1975). Old Age in Hong Kong. *The Gerontologist*, 15 (3), 230-235.

Lock, M. M. (1994). *Encounters with Aging: Mythologies of Menopause in Japan and North America*. Los Angeles, CA: University of California Press.

Malkki, L. H. (1997). News and Culture: Transitory Phenomena and the Fieldwork Tradition. En A. Gupta & J. Ferguson (Ed.), *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science*, (pp. 86-101). Berkeley, CA: University of California Press.

Marshall, B. L. & Katz, S. (2002). Forever Functional: Sexual Fitness and the Ageing Male Body. *Body & Society,* 8 (4), 43-70.

Maxwell, R. J. (1970). The Changing Status of Elders in a Polynesian Society. *Aging and Human Development*, 1 (2), 137-146.

Mead, M. (1997 [1970]). *Cultura y Compromise. El mensaje de la nueva generación*. Barcelona: Gedisa.

Myerhoff, B. (1978), *Number Our Days*. Nueva York, NY: Simon & Schuster.

Osorio, P. (2006). La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles del CEIC*, (22), 1-28.

Osorio, P. (2007). Construcción social de la vejez y expectativas ante la jubilación en mujeres chilenas. *Universum,* 22 (2), 194-212.

Pound, P., Gompertz, P. & Ebrahim, S. (1998). Illness in the Context of Older Age: The Case of Stroke. *Sociology of health & illness,* 20 (4), 489-506.

Ramos, G. (2013). Antropología de la vejez en el Perú: un vacío etnográfico. *Anthropía*, (11), 104-112.

Ramos Toro, M. (2015). *Mujeres mayores: Estudio sobre sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social* [Tesis doctoral]. Departamento de Antropología Social, Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, España.

Restrepo, E. (2016). *Escuelas clásicas del pensamiento antropológico*. Cuzco: Vicente Torres Editor.

Robles, L. (2006). La vejez: nuevos actores, relaciones sociales y demandas políticas. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 27 (105), 140-175.

Rose, A. M. (1962). The Subculture of the Aging: A Topic for Sociological Research. *The Gerontologist,* 2 (3), 123-127.

Rose, A. M. (1965). The Subculture of the Aging: A Framework for Research in Social Gerontology. En A. Rose & W. Peterson (Eds.), *Older People and their Social World* (pp. 3-16). Philadelphia, PA: Davis.

Stocking, G. W. (1992). *The Ethnographer's Magic and Other Essays in History of Anthropology*. Madison, WI: University of Wisonsin Press.

Talmon, Y. (1961). Aging in Israel, a Planned Society. *American Journal of Sociology*, 67 (3), 284-295.

Wylie, F. M. (1971). Attitudes toward Aging and the Aged among Black Americans: Some Historical Perspectives. *Aging and Human Development*, 2 (1), 66-70.

Yuni, J. & Urbano, C. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología*, 6 (10), 151-169.

Yunxing, R. & Jing, Z. (2009). How Can Village's Sub-autonomic Organizations Be Cultivated? A Political Anthropology Study of Liu Village's Old People Association in Zhejiang [J]. *Sociological Studies*, 3, 112-138.

Capítulo 3

Debates latinoamericanos

Esteban Nazal
Herminia Gonzálvez Torralbo
Menara Guizardi

Introducción[1]

En este capítulo, presentamos los principales temas tratados en los estudios acerca del envejecimiento en Brasil, México, Argentina y Chile desde 1990. La excepción a este recorte temporal será el caso brasileño, en cuya reconstrucción retomaremos trabajos desarrollados desde los 70. Se enfatiza la producción antropológica, aunque se recuperan también trabajos de otros campos de las ciencias sociales, dada la impronta interdisciplinaria de las investigaciones respecto del fenómeno que nos convoca. Enfatizaremos particularmente el campo

[1] Agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile, que financia este capítulo a través del proyecto Fondecyt 1201115 («Género y vejez: una etnografía sobre la organización social y moral de los cuidados en la comuna de Peñalolén, Santiago de Chile»).

chileno, dado que este alude a los contextos en que desarrollamos nuestros trabajos etnográficos.

Como vimos en la introducción del libro, algunos autores consideran que la centralización del envejecimiento como tema de las ciencias sociales latinoamericanas, en general, y de la antropología, en particular, solo se consolidó en los 90 (Feixa, 1996, p. 12). Considerándose que la antropología se organizó como disciplina en algunos países de la región (como Brasil y México) a fines del siglo XIX, y dada la importancia otorgada a las personas mayores en muchos de los pueblos nativos latinoamericanos, sorprende esta apreciación de que el tema no haya decantado antes como un subcampo disciplinar. Es decir, trascendiendo aquellos abordajes que lo trataban como una variable marginal en las explicaciones de otros fenómenos sociales. Desde nuestra perspectiva, este argumento ignora la producción lusohablante, articuladora de un campo antropológico acerca de la vejez en los años 70. Asimismo, autores hispanohablantes de diversos países latinoamericanos abordaron etnográficamente la vejez, también desde la segunda mitad del siglo XX.

Nuestra revisión recupera las temáticas tratadas en los estudios sobre envejecimiento, producidos en los cuatro países latinoamericanos antes mencionados, sin perder de vista que, en ellos, el tema constituye un amplio campo de investigaciones, con abordajes teóricos, temáticos y metodológicos heterogéneos, situados desde contextos sociales en permanente transformación histórica. Sus hallazgos permiten redimensionar estigmas sociales y formas de discriminación que afectan cada vez a más poblaciones, y son de enorme relevancia actualmente, dado el aumento de la esperanza de vida en muchos países latinoamericanos.

Brasil

Los estudios de la antropología urbana brasileña inauguraron en los 70 un campo de investigaciones dedicado al envejecimiento. A fines del siglo XX, este interés ya se había expandido hacia otras disciplinas como la sociología, la demografía, la psicología y la

historia (Lins de Barro, 2006, p. 109). Este pionerismo antropológico es atribuible al diálogo sostenido con las investigaciones de la Escuela de Chicago, cuyos temas, preguntas y enfoques analíticos influenciaron la emergencia de las miradas acerca del envejecimiento, particularmente en el Museo Nacional de Antropología (en Río de Janeiro) con Gilberto Velho y sus discípulas (Lins de Barro, 2006, p. 110).

En sus estudios, Velho (1978, 1981) buscó comprender la articulación entre las personas y la sociedad en los espacios urbanos brasileños, cuestionando los procesos de estigmatización y normalización sociales. Esto lo inclinó a indagar cómo la gente constituye sus proyectos y trayectorias vitales, además de su relación con la memoria y el envejecimiento (Velho, 1994). Varios de sus estudios observaron cómo la estigmatización de la vejez implica tensiones entre las expectativas personales, la autopercepción de los sujetos y los límites sociales que se imponen para quienes superan la etapa de la juventud.

Estas pautas de investigación influenciaron los trabajos de Lins de Barro (1981) respecto a la memoria, la trayectoria y los proyectos vitales; y también los estudios etnohistóricos de Bosi (1979) sobre la transmisión narrativa de la memoria y el papel de las personas mayores como mediadoras de sentidos y recuerdos intergeneracionales. Bosi (1979) reconstruyó la historia de la industrialización de São Paulo a través de las memorias narrativas de obreros/as migrantes internacionales; para recopilar dichas memorias, entrevistó a diversas personas durante años, en un proceso profundamente intersubjetivo de diálogo con sus protagonistas.

Otra contribución antropológica de autoras brasileñas refiere a la temprana inclusión de un enfoque de género (Moraes, 2016). En la segunda mitad del siglo XX, varias investigaciones incorporaron perspectivas acerca de las diferencias sexuales y de clase social en las relaciones de parentesco en procesos de sociabilidad urbana (Moraes, 2016, p. 48). A partir de la escuela de antropología urbana propulsada por Velho, estos temas fueron aunados al estudio de la vejez. Así, entre los 70 y 80, encontramos una prolija investigación

respecto a género y envejecimiento, de la mano de autoras como Lins de Barros (1981, 1987, 2006). A su contribución, se siguen los trabajos de Debert (1999), Peixoto (2000), Eckert (2002), fundamentales para comprender la relación entre género, edad y desigualdades sociales en antropología.

Lins de Barros (1987) estudió las transformaciones en las relaciones familiares en sectores urbanos de Rio de Janeiro, en especial para quienes ejercían como abuelos/as tras la llegada de sus nietos/as (Moraes, 2016, p. 50). Sus conclusiones aducen que si centramos el foco analítico en las prácticas del cuidado desempeñadas al interior de la familia, observando cómo el rol de la paternidad y maternidad se transforman de manera intergeneracional, podemos redimensionar las funciones y papeles sociales de los géneros.

Debert (1999), a su vez, mostró cómo la construcción de discursos sociales, que impulsan a las personas a mantenerse activas y no dependientes en la vejez, terminan transfiriendo a los individuos la responsabilidad sobre sus propios cuidados y bienestar, avalando la ausencia de estructuras públicas de protección social. Sus contribuciones se enmarcan en las críticas al discurso neoliberal de «envejecimiento activo», en el mismo momento en que el debate se estaba articulando en la antropología anglófona. La autora expandió estas discusiones mostrando cómo pese a que la idea de autocuidado permite redimensionar los estigmas negativos asociados a la vejez, estas representaciones neoliberales reforzaban la vulneración, pobreza y marginación de amplios sectores sociales, que no logran acceder a los fármacos y servicios que el nuevo mercado del envejecimiento activo ofrecía, transformando a las personas mayores «autocuidadas» en un público consumidor específico.

Scott (2001) estudió las transformaciones vitales de las mujeres brasileñas en su paso de la adolescencia a la juventud, vida adulta y tercera edad. Se enfocó específicamente en el proceso de transición «anticipada» entre una y otra etapa. Abordó el embarazo adolescente, como forma de resignificarse como adultas, e investigó etnográficamente la experiencia de mujeres adultas (entre 40 y 50 años) que participaban de agrupaciones de personas mayores; los clasificó

entonces como una suerte de liminalidad. En el caso de las mujeres adultas y mayores, su participación en instancias recreativas y artísticas constituía un espacio central (y comunitario), en el que ellas resignificaban sus roles sociales y de género (Scott, 2001). Concluyó que, para las mujeres de todas las generaciones, las relaciones con los hombres acarreaban pérdidas de autonomía.

Con un abordaje interseccional, Britto da Motta (1999) investigó comparativamente las experiencias de personas mayores de clases altas, medias y populares en Salvador de Bahía. Concluyó que las desigualdades del envejecimiento estaban conformadas por marcadores de género, clase, étnicos y raciales. Ser mujer mayor en las clases bajas y medias involucraba, para sus entrevistadas, una clara posibilidad de vivir en la pobreza, debido a la escasa o precaria participación en el mercado laboral desde jóvenes, a la falta de un compañero que aportase al sustento del hogar (había una alta probabilidad de que las mujeres mayores fueran viudas o separadas) o a que se transformaban en el sostén de sus hijos/as y nietos/as (Britto da Motta, 1999, p. 210). No obstante, atenta a la agencia de estas mujeres, observó que ellas eran protagónicas en las organizaciones civiles y políticas de sus comunidades y/o barrios.

En el presente siglo, Britto da Motta (2002) volvió a comparar la experiencia de las personas mayores de clases altas, medias y bajas en Brasil, investigando la relación entre cuerpo y vejez. Su etnografía concluyó que las experiencias contemporáneas del envejecimiento engendraban contradicciones y ambigüedades, vinculadas a la separación entre el cuerpo envejecido y una mente que, supuestamente, seguía joven. Simultáneamente, mostró que si bien el cuerpo no es exigido para el trabajo, otros ritos y trámites burocráticos demandan de las personas mayores nuevas conductas y aprendizajes corporales. Estas nuevas exigencias les permitían ser creativas y generar formas específicas de empoderamiento. De esta manera, a semejanza de los debates anglófonos de inicios del siglo XXI, la autora también observó que las personas se encontraban entre la imagen del cuerpo viejo inactivo, e inútil, y las promocionadas por el Estado y el mercado de una vejez activa.

México

Los estudios de la antropología del envejecimiento ganaron relevancia en México desde 1990. Sentando debates importantes para el campo, Vásquez (1999) realizó observaciones etnográficas y entrevistas con personas mayores, buscando comprender los procesos y representaciones acerca de la vejez y la muerte. Identificó pautas de marginalización de las personas mayores en la vida social, política y cultural de su entorno.

Comparando sectores urbanos y rurales, demostró que esta marginalidad era tanto más radical en los segundos, y que se incrementaba entre las personas mayores indígenas. Postuló, entonces, que los valores asociados a la modernidad no solo desagregaban formas tradicionales de valoración del envejecimiento, sino que suponían una jerarquización de los modos de vida, representaciones y prácticas urbanas por sobre las rurales, en la que intervenían fuertemente los marcadores étnicos. Ahondando en este tema, concluyó que las personas mayores rurales e indígenas respondían al rechazo social, que su edad provoca, aislándose del entorno (Vásquez, 1999, p. 73).

Una década más tarde, Vásquez (2010) indagó sobre los procesos de envejecimiento de trabajadores/as rurales en la producción de café y de la caña de azúcar en el estado de Veracruz. Comparando los dos tipos de cultivo, estableció cómo los procesos de envejecimiento estaban influidos por las condiciones estructurales de cada nicho de inserción productiva, afectando acumulativamente a las personas a lo largo de sus trayectorias vitales; las lógicas particulares de cada cultivo, también se distinguían afectando el acceso a derechos en la vejez (Vásquez, 2010).

Robles, Vázquez, Reyes y Orozco (2006) igualmente averiguaron acerca de la exclusión de las personas mayores en México, comparando localidades urbanas y rurales de los estados de Jalisco, Guanajuato, Chiapas y Veracruz. Entre los hallazgos, apuntaron que el proceso de exclusión es multidimensional, implicando pérdidas económicas, de roles y de relaciones en espacios simbólicos clave para las construcciones identitarias de los sujetos. Difiriendo de las conclusiones de Vásquez (1999), la investigación observó que

los procesos de inclusión y exclusión de personas mayores, rurales y urbanos, tendían a asemejarse en los departamentos estudiados.

Montes de Oca, Molina y Ávalos (2008), a su vez, investigaron en relación al envejecimiento en familias migrantes insertas en redes transnacionales. Con un enfoque biográfico, realizaron entrevistas a hombres y mujeres mayores, comparando las experiencias de envejecimiento de los miembros de las familias que permanecieron o regresaron al estado de Guanajuato, y de aquellos que se encontraban en los estados de Texas e Illinois (en Estados Unidos). Demostraron que las comunidades migrantes tendían a empobrecerse, debido a las adaptaciones y transformaciones familiares, a la ausencia de protección social estatal y a los cambios en la estructura de salarios. Estos aspectos afectarían a las personas migrantes en general, pero sus consecuencias provocarían mayor vulnerabilidad entre las personas mayores. Asimismo, demostraron que la percepción respecto a la vejez entre los y las entrevistadas, de distintas edades, era heterogénea (Montes de Oca *et al.*, 2008, p. 227).

La preocupación por el papel de las redes sociales también fue central en el estudio de Suárez (2006), acerca de las personas mayores en el Barrio de la Fama (en Tlalpan, Ciudad de México). La autora indagó sobre las asignaciones de estatus y la capacidad de toma de decisiones de las personas mayores al interior de las familias. Observó que estos aspectos se configuraban de forma heterogénea, estando interpelados por las condiciones económicas y los roles productivos, la pertenencia a congregaciones religiosas y los lazos de amistad tejidos (en las instituciones religiosas, en las familias, en el barrio, etc.).

En la línea de los estudios aplicados, orientados a la política pública, Ronzón (2011) investigó la percepción respecto de la vejez y la felicidad entre personas mayores, analizando los resultados de la Encuesta acerca de Envejecimiento Demográfico en el Estado de México. Los resultados redimensionaron las visiones más generales de la antropología anglófona, que tendieron a concebir el envejecimiento de forma pesimista. El estudio estableció que la mayor parte de las personas mayores que sostenían actividades (de ocio, sociales,

laborales, religiosas) tenían una percepción positiva de la vejez directamente, y que dichas actividades reforzaban su pertenencia a su grupo social (Ronzón, 2011, p. 225).

Finalmente, los trabajos de Reyes-Gómez (2012, 2022), representan una contribución trascendente en contextos mexicanos. Por una parte, debido a la mirada sobre las especificidades del envejecimiento entre grupos indígenas en contextos rurales, muy marcados por procesos de empobrecimiento y exclusión social multidimensional, especialmente en edades extremas (a partir de los 85 años) (Reyes-Gómez & Villasana-Benítez, 2010). Por otra, debido al carácter innovador, en términos metodológicos analíticos, a partir de la propuesta de una «etnogerontología».

Con este enfoque, el autor propone que los procesos de envejecimiento de las poblaciones indígenas, pobres y rurales, no puede ser comparado con los de quienes habitan espacios urbanos, o con aquellos que se sitúan en mejores condiciones de acceso a los derechos ciudadanos (desiguales en términos territoriales y étnicos), y mejor posicionados en términos de estratificación socioeconómica. Así, su obra ayuda a deconstruir el naciocentrismo de los abordajes acerca del fenómeno, situando la heterogeneidad interna del envejecimiento entre distintos territorios, y entre poblaciones diferenciadas en México (Reyes-Gómez, 2012, p. 70). De este modo, la etnogerontología sería una herramienta teórico-metodológica que supera los abordajes antropológicos previos al analizar la vejez, «considerando la cultura de la etnia en estudio desde una perspectiva heterogénea, y ya no solo idílica, como lo mostraban los registros etnográficos de principios del siglo pasado, reportando prácticamente un paraíso gerontocrático en la vejez masculina» (Reyes-Gómez, 2012, p. 70).

Argentina

En Argentina, el campo de estudios acerca del envejecimiento fue capitaneado por la gerontología crítica (Yuni & Urbano, 2008). Esta disciplina dialogó con la antropología desde los 80, implementando sus metodologías (como la etnografía), debates y perspectivas

teóricas. No obstante, el interés específicamente antropológico por la vejez empezó a asentarse en los 90, consolidándose una agenda de estudios en el siglo XXI. Parte de los/as investigadores/as argentinos/as comprenden los estudios de la vejez como una rama de la antropología de la edad (Kropff, 2010). Varios de los trabajos respecto de la edad abordan, simultáneamente, las transformaciones en la experiencia de la juventud y del envejecimiento (Kropff, 2011).

A inicios del presente siglo, aparecen etnografías como la de Martínez, Crivos y Remorini (2002), explorando la experiencia y percepciones respecto de la vejez en comunidades Mbyá-Guaraní (en la provincia argentina de Misiones). Los autores se centraron en las actividades cotidianas y de intercambio intra y extracomunitarios, y en las significaciones otorgadas a los hombres y mujeres mayores. Observaron que respecto a los roles y estatus, las personas mayores cumplían funciones fundamentales en la reproducción y transmisión de conocimientos, junto con el diseño y planificación de actividades esenciales (como la caza). Además, concluyeron que su estatus otorgaba legitimidad comunitaria en el trato con otros grupos (Martínez *et al.*, 2002).

Trabajando con las mismas comunidades, Remorini (2006) estudió las relaciones intergeneracionales entre abuelos/as y nietos/as en el cuidado, observando que estas se iniciaban desde la gestación, cuando las personas mayores estaban a cargo de velar por el respeto a las prescripciones simbólicas y tabúes. En el crecimiento de niños/as, esta función se mantendría particularmente por las abuelas, dada su responsabilidad de mediar en la solución y en la reflexión en relación a los conflictos emergentes, cuando los procesos de crianza entraban en contradicción con las indicaciones tradicionales. De esta manera, la opinión de las abuelas sería clave, ofreciendo respuestas a dilemas culturales acerca de cómo adaptar las tradiciones en cada caso y según cada contexto. A su vez, la autoridad de los hombres mayores estaría más vinculada a las labores de carácter político y religioso.

A partir de las experiencias etnográficas con los grupos guaraníes, Martínez, Morgante y Remorini (2008) reflexionarían metodológicamente en torno a las herramientas y perspectivas

antropológicas aplicables al estudio de la vejez. Su debate puso de manifiesto la necesidad de superar perspectivas biologicistas, mediante enfoques que faciliten conocer, abordar, registrar e interpretar la diversidad cultural de las prácticas y percepciones del envejecimiento. Esta propuesta sería recogida por Morgante y Martínez (2014a), quienes también redimensionaron las posibilidades de la aplicación de herramientas metodológicas antropológicas —como la etnografía y las entrevistas biográficas—, fundiéndolas con las técnicas desarrolladas por la gerontología. Su trabajo buscó desnaturalizar ciertos clichés y lugares comunes asociados a la vejez, recuperando el carácter estructurante de las personas mayores en los procesos sociales de memoria. Estos debates se acercaron a las discusiones de la antropología brasileña, apostando por reconstruir las memorias generacionales en la relación entre los sujetos y la sociedad, pero recuperando las trayectorias y ciclos vitales.

En otro trabajo, Morgante y Martínez (2014b) realizaron entrevistas en profundidad a hombres y mujeres de distintas edades, pertenecientes a los grupos diaguitas-cacano del Valle Calchaquí (en la provincia argentina de Salta) respecto de sus percepciones de la vejez y del envejecimiento. Observaron que la experiencia y el conocimiento oral eran una clave de distinción identitaria frente a los jóvenes, y que el paso entre diferentes momentos del ciclo vital estaba mediado por instituciones como la familia, la escuela y el hospital. Registraron incluso la centralidad de la función social de abuelos/as en la estructuración de la familia y en los procesos de resignificación de la crianza de las nuevas generaciones, en situaciones de cambio social (Morgante & Martínez, 2014b).

En el campo de las representaciones sociales del envejecimiento, Oddone (2013) realizó un refinado análisis histórico con relación al contenido de los discursos e imágenes de la vejez en los textos argentinos de educación primaria, entre los siglos XIX y XX. Concluyó que no existe una progresión lineal con respecto a la percepción de las personas mayores en estos textos. Entre 1890 y 1940, la imagen del «anciano» (como se usaba entonces) estaba asociada al rol de transmisión de la cultura y experiencia. A partir de 1950, las personas

mayores fueron retratadas en una posición marginal. Ya en el siglo XXI, los textos volvieron a vincular a las personas mayores con roles parecidos con los retratados a fines del siglo XIX.

Arrubia (2015) también indagó acerca de las representaciones mediadas por el Estado, centrándose en las políticas y estructuras jurídicas, su papel definidor, punitivo y estructurador de la sexualidad y de la vejez. Registró, de este modo, que parte relevante de las políticas estatales argentinas se reproducían discriminaciones relacionadas a la orientación sexual e identidad de género, así como una visión tácitamente negativa de la vejez.

La discriminación sexual de igual manera apareció en los trabajos de Lacombe (2016), referidos a las formas de sociabilidad de mujeres adultas y mayores (entre 40 y 60 años), que mantenían relaciones homoafectivas. Su etnografía se realizó en Buenos Aires y São Paulo, y tomó como referencia los cambios legales de Argentina y Brasil relacionados con el matrimonio homosexual, dando cuenta del carácter intrínsecamente político de las formas de vida que desafían las pautas y representaciones hegemónicas acerca del género y la edad.

Chile

Es posible separar el abordaje antropológico de la vejez en Chile en dos periodos. El primero va desde mediados hasta fines del siglo XX. Entonces, en consonancia con las escuelas antropológicas clásicas del Norte Global, el envejecimiento no constituía un foco analítico central en el país, pero era abordado como uno de los aspectos constitutivos de los sistemas simbólicos y sociales de las comunidades investigadas.

Según Huenchuán (1999), pese a que hasta los 90 no hubo una centralización de la vejez como tema antropológico, encontramos varios trabajos dedicados a los grupos mapuche, en los que se otorga especial atención a la situación de las personas mayores, como los de Grebe, Pacheco y Segura (1972), Foerster (1985), y Foerster y Gundermann (1989). En ellos, la vejez y el género son descritos

como ejes centrales de distinción simbólica, estructurando una jerarquización social a partir de cuatro deidades (de mayor a menor relevancia): el anciano, la anciana, el hombre y la mujer jóvenes. Esta estructuración impactaría la forma como se establecen los lazos y la autoridad entre antepasados, dioses y «ancianos», enmarcando las pautas sociales del respeto hacia estas figuras (Bacigalupo, 2003).

Faron (1969), a su vez, observó que la vejez entre los mapuche era comprendida como parte de un sistema de intercambios, en que los padres y madres esperaban recibir la retribución de cuidados de los/as hijos/as. Asimismo, demostró que la centralidad de la figura paterna se mantenía en los ciclos vitales, permitiendo a los hombres conservar su estatus social en la vejez. Al contrario, la situación de las mujeres dependía de las relaciones familiares.

Otorgando más centralidad al tema del envejecimiento, Oyarce (1989) mostró que entre los grupos mapuche había una distinción conceptual y simbólica entre las nociones de persona mayor y viejo. La primera aludía a personas de entre 65 y 75 años que conservaban sus actividades sociales, productivas y familiares; la segunda solo se empleaba para las personas que sufrían cambios fisiológicos que les imposibilitaban realizar estas tareas. Dannemann (1992) también centralizó la cuestión del envejecimiento, aunque en su relación con la sexualidad en comunidades mapuche y pehuenche. Concluyó que en estos grupos habría lógicas sociales que articulaban un equilibrio entre la vida religiosa, comunitaria, laboral, parental y la sexualidad, y que estas estructuraciones tendían a desorganizarse por los procesos de modernización y urbanización, que promovían una asociación de la masculinidad con un mayor apetito sexual.

Profundizando en la violencia de estos procesos de modernización, Huenchuán (1999) estudió los cambios de los roles y del estatus de los/as «ancianos/as» mapuche, en contextos rurales y urbanos. Señaló que las transformaciones productivas de las comunidades, sumadas a la aplicación de las visiones estatales pesimistas acerca del envejecimiento sobre ellas, provocaban un desplazamiento de los/as ancianos/as que, si antes eran comprendidos como autoridad, ahora pasaban a verse como una «carga».

El segundo periodo, articulado en los 90 y consolidado a inicios del siglo XX, estuvo marcado por la formación de un campo antropológico respecto de la heterogeneidad de las experiencias de la vejez, en los diferentes contextos sociales chilenos. Los trabajos derivados de esta etapa buscan, por una parte, comprender los procesos de exclusión que caracterizan la vejez urbana y rural, y por otra, problematizar los roles y las percepciones en relación con el envejecimiento, desde el conocimiento situado de las experiencias de las personas mayores.

La novedad de este campo refiere a que estos procesos se pasan a estudiar no solamente entre los pueblos originarios, sino indagando en las realidades de quienes habitan las grandes ciudades. En estas se encontraban ya segundas e incluso terceras generaciones de indígenas urbanos/as, cuyos antepasados se habían desplazado de los territorios comunitarios, debido a los procesos de migración rural-urbana que cambiaron la estructura demográfica chilena entre 1950 y 1990. En estos trabajos, podemos identificar cuatro ejes temáticos.

Exclusión, género y cuidados

Los trabajos de Osorio (1999) y Vilches (2000) establecieron una línea de estudios sobre los procesos de inclusión y exclusión social, las percepciones y las expectativas respecto de la vejez (Vilches, 2000; Osorio 2007), buscando situar una perspectiva de género acerca del proceso de envejecimiento (Osorio, 1999).

Huenchuán (2001) ofreció discusiones conceptuales, estableciendo teorizaciones fundamentales para una perspectiva antropológica de la vejez, diferenciando entre la *edad cronológica* (como medida social que relaciona paso del tiempo con responsabilidades y derechos), la *edad social* (amplio espectro de expectativas colectivas en relación a conductas, pautas y subjetividades) y la *edad fisiológica* (capacidades funcionales asociadas a cada edad cronológica) (Huenchuán, 2001, p. 499). Asimismo, su argumentación estableció tempranamente que el estudio antropológico del envejecimiento debía constituirse desde una visión atenta al impacto de las diferencias

de género y de asignación étnica en la experiencia de la vejez, presentando una postura crítica hacia los paradigmas antropológicos construidos desde el Norte Global.

Paralelamente, Barros y Muñoz (2001) introdujeron una perspectiva de los cuidados al estudio del envejecimiento, centrándose en las relaciones familiares de las personas mayores, observando la centralidad de los espacios domésticos en el amparo de la vejez. Su investigación puso en evidencia que los cuidados de las personas mayores quedaban entregados a la responsabilización de las familias, dada la insuficiencia o ausencia de sistemas públicos y privados de protección social para la vejez.

En esta línea, Osorio, Torrejón y Anigstein (2011) indagaron sobre los condicionantes de la calidad de vida de las personas mayores en Santiago de Chile. El estudio concluyó que la administración que el poder ejecutivo hace de las comunas y barrios era fundamental para comprender la calidad de vida en la vejez, puesto que estos espacios determinan la articulación y/o concentración de recursos para «la actualización de cambios sociales y relaciones generacionales, y ayudar al desenvolvimiento de los adultos mayores en el entorno físico en el que viven» (Osorio *et al.*, 2011, p. 73). Galleguillos (2015) también exploró etnográficamente la autopercepción, inclusión social y calidad de vida entre personas mayores en la comuna de Talagante (Región Metropolitana de Chile), subrayando la importancia de la participación en las organizaciones comunitarias locales, como mecanismo de fortalecimiento de la autopercepción positiva entre personas mayores.

Otros ejemplos provienen de la investigación de Navarrete y Osorio (2018), acerca de la experiencia del envejecimiento en sectores rurales de la Región de Los Lagos (sur de Chile). Su etnografía capturó con sagacidad el rol desempeñado por las personas mayores en la conexión rural-urbana y en las transformaciones de sus localidades de origen. Registró así los tránsitos y movilidades creados por estas personas, en el marco de sus estrategias de apoyo y cuidado a las personas mayores que migraron a las ciudades, y el

impacto que tiene la concentración de servicios sociales básicos en los asentamientos urbanos.

Cabe destacar una nueva línea de estudios impulsada por autoras como Osorio, Navarrete y Briones (2018, 2019), que desarrollan una novedosa perspectiva respecto de la vejez avanzada y la longevidad. En un artículo reciente, Osorio, Arteaga, Rodríguez, Navarrete y Jiménez (2022, p. 980) dotan este abordaje de una refinada perspectiva de género, desarrollando un estudio de caso que «busca comprender la trayectoria de vida de mujeres en relación con su biografía familiar, el vínculo con el contexto sociocultural y las diversas modalidades de desigualdad social». Para ello, se apoyan en «la gerontología feminista», a la que reconfiguran desde una perspectiva «interseccional». De este modo, su trabajo enfatiza el curso de vida de las mujeres centenarias, «identificando las trayectorias, las transiciones y los eventos significativos como puntos de inflexión, así como los arreglos domésticos, las relaciones de poder y los trabajos de cuidados desarrollados a lo largo de la vida» (Osorio *et al.*, 2022, p. 980).

La emergencia de la gerontología crítica, a la que aluden Osorio *et al.* (2022), constituyó una gran innovación. A partir de los 90, empieza a prosperar un debate que articula la gerontología social y los estudios feministas antropológicos, cuestionando «críticamente la interrelación entre género y edad» (Gonzálvez & Guizardi, 2020, p. 6). Este debate visibilizó que la edad había sido pasada por alto como un factor estructurante de desigualdades por las investigaciones feministas. Además, tardaron en considerar el entroncamiento interseccional entre el género, la condición de clase y las discriminaciones raciales y étnicas. De esta crítica, surgió la gerontología feminista. Este campo interdisciplinar viene teniendo un gran desarrollo en Chile, el cual significó la consideración de cuatro elementos:

1. La constatación de que las mujeres mayores experimentan una condensación de problemas y vulneraciones sociales.
2. La crítica sobre el modo como, tanto la gerontología social como el feminismo académico, analizaron, hasta entonces, la

construcción social de las desventajas vividas por las mujeres mayores: dejando de lado en el análisis de las cualidades relacionadas con sus capacidades (por ejemplo, la de construir redes que se mantienen a lo largo del tiempo).

3. Las limitaciones metodológicas de gran parte del trabajo cuantitativo realizado desde la literatura gerontológica, en lo que las distinciones de género y edad se consideraron como variables y no como categorías constructoras de desigualdades.
4. La crítica a la hegemonía epistémica ejercida por los paradigmas positivistas en los estudios de la vejez, visibilizándose la falta de compromiso del feminismo crítico con la investigación de las últimas etapas del ciclo vital, y las insuficiencias de la gerontología al enfocar predominantemente, y por tantas décadas, a la vejez en su relación con la denominada «esfera pública» (jubilación, seguridad salarial) (Gonzálvez & Guizardi, 2020, p. 6).

Tematizando varios de estos aspectos y centralizando las desigualdades sociales, los cuidados y la importancia de los entornos, están las etnografías de Gonzálvez (2018) acerca de la sobrecarga productiva/reproductiva que recae sobre las mujeres mayores, condicionando desigualdades sociales acumuladas en el curso de vida y su posición «en el medio» de responsabilidades sociales contradictorias. También están las etnografías de Gonzálvez, Guizardi, Ramírez y Cano (2019), respecto de las redes de cuidado comunitario conformadas por mujeres de sectores de baja estratificación social, alrededor de los clubes de personas mayores de la comuna de Independencia (Área Metropolitana de Santiago de Chile). En Gonzálvez, Larrazabal y Guizardi (2020) vemos la misma preocupación etnográfica por los cuidados comunitarios femeninos en los clubes de personas mayores, pero ahora en Providencia, comuna de alta estratificación social (también Área Metropolitana de Santiago de Chile). Estas etnografías proponen una definición de los cuidados comunitarios desarrollados por las mujeres mayores en estos clubes, como un sistema de intercambios recíprocos,

un capital social, un capital cultural incorporado, una negociación espacial, un agenciamiento político y una experiencia conflictiva.

Corporalización de la vejez

Escalante (2004) introdujo indagaciones acerca de la dimensión corporal del envejecimiento, explorando los sentidos y sentimientos construidos respecto de las transformaciones del cuerpo femenino. A través de entrevistas y etnografía, identificó que las visiones negativas sobre la vejez estaban asociadas a las limitaciones de la autonomía y a la pérdida de capacidades para el desempeño de actividades cotidianas. Estas visiones constituirían imaginarios relacionados con la corporalidad y sus transformaciones, calcadas en la representación de la juventud y de la vida adulta como etapas de funcionalidad corporal, en oposición a la vejez. No obstante, también identificó que la operación simbólica entre las mujeres entretejía mente y cuerpo. Varias de las entrevistadas comprendían el «sentirse vieja» como un estado de desánimo mental, pero originado en las transformaciones corporales, en consciencia de la pérdida de sus funciones y funcionalidades.

Osorio y Sadler (2005) definieron las perspectivas antropológicas referidas a género y envejecimiento, asumiéndolos como procesos sociales y culturales que son aprendidos y transmitidos. Así, observaron que las nuevas concepciones acerca del envejecimiento activo (impulsadas a partir de las políticas neoliberales) pretendían pensar la vejez como una rejuventud, aunque sin dotarla, necesariamente, de un carácter positivo (Osorio & Sadler, 2005, p.16).

Este interés crítico por la corporalización de las experiencias, también puede identificarse en el trabajo de Ociel (2013), con elementos reflexivos respecto de las concepciones de la vejez y el envejecimiento desde la biopolítica en el contexto del capitalismo productivo. En diálogo con estas reflexiones, Navarrete (2015) redimensionó las indagaciones relacionadas con la corporalización del envejecimiento, abordando específicamente las representaciones de la menopausia.

Envejecimiento y agencia

Gutiérrez y Ríos (2006) revisaron la producción del conocimiento gerontológico en Chile, enfatizando las contribuciones desde las ciencias sociales. Definieron la edad como un campo social en los términos de Bourdieu (1990), asumiendo que se conforma a partir de una disputa entre agentes, con relación a los capitales simbólicos desigualmente distribuidos entre las personas, de acuerdo con su clasificación etaria (Gutiérrez & Ríos, 2006, p. 18). Estos debates dieron origen a un conjunto de indagaciones sobre la capacidad de agencia de las personas mayores, que sería retomado por otros autores.

Ejemplo de ello es el estudio de Osorio, Navarrete y Briones (2019). La etnografía comparada acerca de las manifestaciones de agencia entre personas nonagenarias y centenarias de sectores urbanos de Santiago de Chile y rurales de la Región de Los Lagos, que mencionamos páginas atrás. Su estudio da cuenta de cómo la capacidad de agencia de las personas no se pierde con la edad, sino que se expresa de forma diversa. Esta transformación estaría impactada por la manera como se configuran sus relaciones sociales y posiciones estructurales. Estos aspectos serían incluso más importantes que los cambios biológicos (como la pérdida de capacidades físicas o funcionales). El estudio demostró, entonces, que la capacidad de agencia de las personas mayores estaría directamente vinculada a la construcción y mantenimiento de redes de contactos y apoyos.

Imaginarios y representaciones de la edad

Los estudios de Osorio (2007) marcarían las pautas de una preocupación acerca de los imaginarios y representaciones sociales del envejecimiento en diferentes espacios del país. La autora realizó entrevistas a mujeres trabajadoras de entre 50 y 60 años en el norte, centro y sur de Chile, buscando analizar y comparar sus expectativas y percepciones de la vejez. En este proceso, averiguó la paulatina construcción de cambios biográficos que marcan las diferentes etapas de los ciclos vitales de las mujeres. En todos ellos,

el género tendría un papel central en la construcción identitaria, representando, a la vez, limitaciones a las libertades de las mujeres. La autora observó así que, para muchas mujeres mayores, la separación o la viudez constituían hitos liberadores. Las relaciones de apoyo y solidaridad establecidas con otras mujeres de la familia cobraban creciente relevancia en la vejez, disminuyendo las cargas de cuidado y expandiendo sus espacios de socialización fuera del ámbito doméstico, fomentando procesos de interacción comunitaria y familiar. La construcción de lazos e identidades femeninas de las mujeres mayores tras la separación y la viudez fue retomada por Osorio, Segue y Jorquera (2014).

Massone, Valdebenito y Vogel (2010) realizaron un estudio relacionado a las percepciones e imágenes de la vejez en cuatro familias de clase media baja de la comuna de La Granja (Área Metropolitana de Santiago de Chile). Para estas familias, compartir residencia con los/as abuelos/as era una estrategia económica y emocional intergeneracional. Observaron que los roles de los y las personas mayores mantenían un claro patrón de división sexual del trabajo, que impactaba las visiones que los más jóvenes de las familias tenían de ellos: las mujeres eran vistas como activas y los hombres como pasivos.

Jorquera (2010) profundizaría el campo de estudios respecto de los imaginarios centrándose en los textos escolares oficiales del Ministerio de Educación de Chile. Su estudio demostró cómo estos materiales didácticos creaban una visión de la vejez asociada a los/as abuelos/as, excluyendo cualquier otra forma de experiencia del envejecimiento que no estuviera determinada por estos roles parentales (Jorquera, 2010, pp. 157-158).

Undurraga, Cornejo, López y Benavides (2019) propusieron estudiar los imaginarios de mujeres de diversas edades (entre 24 y 88 años) en Santiago de Chile. Los resultados de las entrevistas semiestructuradas aplicadas permitieron definir una diferenciación simbólica entre la vejez de los demás y la propia, demostrando que las concepciones acerca del envejecimiento eran heterogéneas, transitando entre lo negativo y positivo dependiendo de experiencias subjetivas y contextos sociales. Concluyeron, además, que la vejez

era considerada negativa, en parte por las condiciones estructurales a las que se enfrentan las mujeres mayores (bajas pensiones y acceso limitado a un sistema de salud deficiente) o por condiciones individuales (pérdida de la capacidad de autovalencia). Pero estos elementos no impedían que ellas tuvieran apreciaciones positivas del envejecimiento vinculadas a sus visiones de las experiencias individuales (Undurraga *et al*., 2019). Este estudio permite constatar la importante influencia de autoras/es como Arnold, Thumala, Urquiza y Ojeda (2007), Jorquera (2010), Osorio (2007, 2010), Osorio *et al*. (2011) en el interés sobre género y vejez en la antropología chilena.

***

La revisión de la literatura latinoamericana nos ha permitido identificar, tal como lo expresamos en la introducción, una producción antropológica en torno a la vejez y el envejecimiento anterior a la década de 1990. Las investigaciones dan cuenta de una preocupación temprana en torno a las formas que adquiere la exclusión de las personas mayores en distintos contextos sociales (según racialización, género, clase social, urbanidad/ruralidad, etc.). Este interés expandió los campos de estudios respecto del tema hacia dimensiones como la producción de significados en la propia vejez, la articulación entre cuidados, sobrecargas y autonomía, y las expresiones de tensión entre las exigencias del neoliberalismo, la falta de políticas estatales y la propia agencia de los actores sociales.

Referencias

Arnold, M., Thumala, D., Urquiza, A. & Ojeda, A. (2007). La vejez desde la mirada de los jóvenes chilenos: estudio exploratorio. *Última Década,* 27, 75-91.

Arrubia, E. (2015). Viejos, humanos y sexuales: una reivindicación jurídico-antropológica de la sexualidad en la vejez. *Intersecciones en Comunicación,* 9, 67-89.

Bacigalupo, A. M. (2003). Rituales de Género para el Orden Cósmico: Luchas Chamánicas Mapuche por la Totalidad. *Revista Chilena de Antropología,* (17), 47-74.

Barros, C. & Muñoz, M. (2001, noviembre). Relaciones e Intercambios Familiares del Adulto Mayor. En S. Huenchuán (Coord.), *Simposio Antropología de la Vejez*. Simposio llevado a cabo en el IV Congreso Chileno de Antropología, Colegio de Antropólogos de Chile, Santiago.

Bosi, E. (1979). *Memória e Sociedade: Lembranças de Velhos*. São Paulo: USP.

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.

Britto da Motta, A. (1999). As dimensões de gênero e classe social na análise do envelhecimento. *Cadernos Pagu, Campinas,* (13), 191-221.

Britto da Motta, A. (2002). Envelhecimento e sentimento do corpo. En M. C. de Souza & C. Coimbra (Orgs.), *Antropologia, saúde e envelhecimento* (pp. 37-50). Rio de Janeiro: Fiocruz.

Dannemann, M. (1992). Pareja, sexo y vejez desde una perspectiva etnológica. *Revista Chilena de Antropología*, (11), 13-19.

Debert, G. (1999). *A reinvenção da velhice: socialização e processos de reprivatização do envelhecimento*. São Paulo: EDUSP.

Eckert, C. (2002). A cultura do medo e as tensões do viver a cidade: narrativa e trajetória de velhos moradores de Porto Alegre. En M. C. de Souza & C. Coimbra (Orgs), *Antropologia, saúde e envelhecimento* (pp. 73-102). Rio de Janeiro: Fiocruz.

Escalante, P. (2004, noviembre). Transformaciones del cuerpo y sentimiento de vejez en mujeres mayores de Santiago de Chile. En Colegio de Antropólogos de Chile (Ed.), *Simposio Antropología del Cuerpo*. Simposio presentado en el V Congreso Chileno de Antropología, Colegio de Antropólogos de Chile, San Felipe.

Faron, L. (1969). *Los Mapuches: Su estructura social*. México: Ediciones Instituto Indigenista Interamericano.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat & A. Martínez (Org.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 319-335). Barcelona: Editorial Ariel.

Foerster, R. (1985). *Vida Religiosa de los Huilliches de San Juan de la Costa*. Chile: Rehue.

Foerster, R. & Gundermann, H. (1989). Religiosidad mapuche contemporánea: elementos introductorios. En J. Hidalgo (Ed.), *Culturas de Chile: Etnografía, sociedades indígenas contemporáneas y su ideología* (pp. 189-240). Santiago: Editorial Andrés Bello/ Rehue.

Galleguillos, D. (2015). *Inclusión social y calidad de vida en la vejez. Experiencias de personas mayores participantes en clubes de adultos mayores en la comuna de Talagante* [Tesis de Grado]. Universidad de Chile, Santiago.

Gonzálvez, H. (2018). Género, cuidados y vejez: Mujeres "en el medio" del trabajo remunerado y del trabajo de cuidado en Santiago de Chile. *Revista Prisma Social*, (21), 194-218.

Gonzálvez. H. & Guizardi, M. (2020). Las mujeres y el envejecimiento en la investigación social (1950-2018). *Revista Estudos Feministas,* 28 (1), 1-14.

Gonzálvez, H., Guizardi, M., Ramírez, A. & Cano, C. (2019). El club como trinchera. Una etnografía sobre cuidados comunitarios entre mujeres mayores en Independencia (Chile). *Revista de Antropología Social,* 28 (1), 137-166.

Gonzálvez, H., Larrazabal, S. & Guizardi, M. (2020). Negociar las distinciones. Una etnografía sobre género y cuidados en un taller de bordados para señoras mayores en Providencia (Chile). *Chungara. Revista de Antropología Chilena,* 52 (1), 143-159.

Grebe, M. E., Pacheco, S. & Segura, J. (1972). Cosmovisión mapuche. *Cuadernos de la realidad nacional*, (14), 44-73.

Gutiérrez, E. & Ríos, O. (2006). Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia. *Última década,* 14 (25), 11-41.

Huenchuán, S. (1999). El envejecimiento desde una perspectiva cultural: El caso de los mapuches de la Araucanía. *Perspectiva de Trabajo Social*, (7), 20-27.

Huenchuán, S. (2001, noviembre). Diferencias sociales en la vejez. Aproximaciones conceptuales y téoricas. En S. Huenchuán (Coord.), *Simposio Antropología de la Vejez*. Simposio llevado a cabo en el IV Congreso Chileno de Antropología, Colegio de Antropólogos de Chile, Santiago.

Jorquera, P. (2010). Vejez y envejecimiento: Imaginarios sociales presentes en los textos escolares oficiales del Ministerio de educación chileno. *Revista MAD*, (22), 132-165.

Kropff, L. (2010). Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Avá. Revista de Antropología,* (16), 171-187.

Kropff, L. (2011). Los jóvenes mapuche en Argentina: entre el circuito punk y las recuperaciones de tierras. *Alteridades,* 21 (42), 77-89.

Lacombe, A. (2016). Negociaciones posibles: visibilidad, vejez y parentesco entre mujeres que mantienen relaciones sexoafectivas con otras mujeres. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology,* 13 (1), 102-114.

Lins de Barros, M. (1981). Testemunho de vida: um estudo antropológico de mulheres na velhice. En M. Lins de Barros (Ed.), *Perspectivas Antropológicas da Mulher 2* (pp. 11-70). Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

Lins de Barros, M. (1987). *Autoridade & afeto: avós, filhos e netos na família brasileira*. Brasil: Zahar.

Lins de Barros, M. (2006). Trajetória dos estudos de velhice no Brasil. *Sociologia, problemas e práticas,* (52), 109-132.

Martínez, M. R., Crivos, N. & Remorini, C. (2002). Etnografía de la vejez en comunidades Mbyá-Guaraní, provincia de Misiones, Argentina. En A. Guerci & S. Consigliere (Eds.), *Il Vecchio allo Specchio. Vivere e curare la vecchiaia nel mondo* (pp. 206-222). Genova: Erga Edizione.

Martínez, M. R., Morgante, M. & Remorini, C. (2008). ¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una etnografía de la vejez. *Revista argentina de sociología,* 6 (10), 69-90.

Massone, F., Valdebenito, X. & Vogel, N. (2010). Observaciones de la vejez en familia. Una aproximación desde la corresidencia intergeneracional. *Gazeta de Antropología,* 26 (1), 1-10.

Montes de Oca, V., Molina, A. & Ávalos, R. (2008). *Migración, redes transnacionales y envejecimiento. Estudios de las redes familiares transnacionales de la vejez en Guanajuato.* México: UNAM.

Moraes, A. (2016). Vejez y Género en la Antropología Brasileña. *Research on Ageing and Social Policy,* 4 (1), 46-68.

Morgante, M. & Martínez, M. R. (2014a). Etnogerontología: el sentido étnico de los procesos de envejecimiento y de las relaciones intergeneracionales. *Revista digital de estudiantes de psicología,* (1), 82-87.

Morgante, M. & Martínez, M. R. (2014b). Vejez, cotidianidad e instituciones en Molinos (Valles Calchaquíes, Salta, Argentina). *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, 9* (18), 45-72.

Navarrete, I. (2015). *Envejecimiento y menopausia: experiencias corporales e identidad de género en mujeres mayores de la Región Metropolitana* [Tesis de grado]. Universidad de Chile, Santiago.

Navarrete, I. & Osorio, P. (2011). Longevidad y ruralidad: aproximaciones etnográficas a transformaciones del envejecimiento y territorios en zonas rurales del sur de Chile. *Revista Argentina de Gerontología y Geriatría,* 32 (3), 127-134.

Moya, O. M. (2013). Sobre envejecimiento, vejez y biopolítica: Algunos elementos para la discusión. Revista Contenido: *Cultura y Ciencias Sociales,* 3, 68-85.

Oddone, M. J. (2013). La vejez en los textos de lectura de la escuela primaria: un recorrido entre fines del siglo XIX y los inicios del siglo XXI en Argentina. *Salud colectiva,* 9, 27-40.

Osorio, P. (1999). *En torno a la comprensión de la organización como un espacio de interacción lingüístico y cultural de los adultos mayores. Un estudio descriptivo del uso de la lengua en adultos mayores* [Tesis de grado]. Universidad de Chile, Santiago.

Osorio, P. (2007). Construcción social de la vejez y expectativas ante la jubilación en mujeres chilenas. *Universum,* 22 (2), 194-212.

Osorio, P. (2010). Envejecimiento, género y políticas en Chile. En C. Chiappara (Ed.), *Envejecimiento, género y políticas públicas* (pp. 59-70). Montevideo: Lucida Ediciones.

Osorio, P., Arteaga, C., Rodríguez, B., Navarrete, I. & Jiménez, A. (2022). Curso de vida y familias de mujeres centenarias en Chile. *Revista Mexicana de Sociología*, 84 (4), 979-1009.

Osorio, P., Navarrete, I. & Briones, S. (2018). Perspectivas socioculturales de la autoatención y provisión de cuidados hacia personas nonagenarias y centenarias en zonas rurales en Chile. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (31), 45-63.

Osorio, P., Navarrete, I. & Briones, S. (2019). Aproximación etnográfica a las manifestaciones de agencia en personas nonagenarias y centenarias en Chile. *Etnográfica,* 23 (3), 673-692.

Osorio, P. & Sadler, M. (2005). La construcción sociocultural de la vejez desde una mirada de género. En O. González & R. Renere (Eds.), *Climateiro en Atención Primaria* (pp. 7-20). Santiago: Editorial Bywaters/ Universidad de Chile.

Osorio, P., Segue, A. & Jorquera, P. (2014). Configuración de redes sociales en personas mayores viudas en Chile. *Sociedade e Cultura,* 17 (1), 29-40.

Osorio, P., Torrejón, M. J. & Anigstein, M. S. (2011). Calidad de vida en personas mayores en Chile. *Revista Mad*, (24), 61-75.

Oyarce, A. (1989). Conocimientos, creencias y prácticas en torno al ciclo vital en una comunidad mapuche de la IX Región de la Araucanía. *Documentos de Trabajo de la Universidad Católica de Chile,* 2, 3-83.

Peixoto, C. (2000). *Envelhecimento e imagem: as fronteiras entre Paris e Rio de Janeiro*. São Paulo: Annablume.

Remorini, C. (2006, septiembre). Las relaciones intergeneracionales en la vida cotidiana. Sobre el rol de los abuelos en las actividades de cuidado infantil en comunidades Mbya (Misiones, Argentina). En Universidad Nacional de Salta. *Simposio 14: Cultura y envejecimiento. Abordajes multi e interdisciplinarios*. Simposio del VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Universidad Nacional de Salta, Argentina.

Reyes-Gómez, L. (2012). Etnogerontología social: la vejez en contextos indígenas. *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle*, 10 (38), 69-83.

Reyes-Gómez, L. (1999). La vejez indígena. El caso de los zoques del noroeste chiapaneco. *Papeles de población*, 5 (19), 173-197.

Reyes-Gómez, L. & Villasana-Benítez, S. (2010). Vejez en edad extrema. Un estudio de etnogerontología social. *Revista Pueblos y fronteras digital*, 5 (10), 217-249.

Robles, L., Vázquez, F., Reyes, L. & Orozco, I. (2006). *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*. México: COLEF.

Ronzón, Z. (2011). La percepción subjetiva de la vejez en la vida cotidiana. Una visión antropológica. En B. Montoya & V. Montes de Oca (Ed.), *Análisis sociodemográfico del envejecimiento en el Estado de México* (pp. 207-229). Toluca: UAEM.

Scott, R. (2001). Quase adulta, quase velha: por que antecipar as fases do ciclo vital? *Interface - Comunicação, Saúde, Educação,* 5 (8), 61-72.

Suárez, L. (2006). *Las personas adultas mayores del barrio de la Fama: una mirada antropológica, desde Tlaplan, Distrito Federal* [Tesis de grado]. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Iztapalapa, México.

Undurraga, R., Cornejo, P., López, N. & Benavides, M. (2019). Imaginarios de Vejez: ¿Cómo Perciben la Vejez las Mujeres en Chile? *Iluminuras,* 20 (49),195-229.

Vásquez, F. (1999). Hacia una cultura de la ancianidad y de la muerte en México. *Papeles de población,* 5 (19), 65-75.

Vásquez, F. (2010). Impacto de los estilos de vida entre cafetaleros y cañeros en la vejez. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana,* 5 (3), 430-446.

Velho, G. (1978). *A Utopia Urbana: Um Estudo de Antropologia Social*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Velho, G. (1981). *Individualismo e Cultura: Notas para uma Antropologia da Sociedade Contemporânea*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Velho, G. (1994). *Projeto e Metamorfose: Antropologia das Sociedades Complexas*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Vilches, L. (2000). Concepciones, creencias y sentimientos acerca de la muerte en adultos mayores de nivel educacional superior. *Revista de Psicología,* 9 (1), 91-103.

Yuni, J. & Urbano, C. (2008). Envejecimiento y género: perspectivas teóricas y aproximaciones al envejecimiento femenino. *Revista Argentina de Sociología,* 6 (10), 151-169.

Epílogo

Herminia Gonzálvez Torralbo
Esteban Nazal
Menara Guizardi

En estas palabras finales, nos gustaría hacer una breve síntesis de los principales debates abordados a lo largo del libro. Fieles al espíritu de la obra —que confesamos en la introducción—, no ahondaremos en pormenores. Nos enfocaremos en los puntos que consideramos centrales de las discusiones recuperadas en los tres capítulos que la componen.

En el capítulo 1, vimos que la relación entre los antropólogos clásicos (mayormente hombres, de países europeos y realizando trabajo de campo en territorios coloniales) con las personas mayores fue central para la operacionalización de sus etnografías, entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX. Sus investigaciones dan muestras del lugar de prestigio que estas personas ocupaban en varias de las sociedades y comunidades «primitivas», y su papel como facilitadores del acceso y comprensión (y/o traducción) de las prácticas, relaciones, rituales y conflictos sociales. No obstante, esta importancia tendió a ser invisibilizada o abordada insuficientemente (en términos teóricos-metodológicos), debido a las concepciones de

los y las investigadoras sobre el envejecimiento en sus sociedades de origen (urbanas e industriales), en las cuales las personas mayores ocupaban (y siguen ocupando) una asignación marginada en las jerarquías sociales. Esto implicó una prolongada ausencia de foco analítico acerca del envejecimiento y sus significados en los grupos sociales estudiados. En síntesis, la relación entre los y las antropólogas y sus sujetos de estudio establece a estos últimos como lejanos en el espacio y el tiempo (una *alteridad lejana*).

En el capítulo 2, vimos que, entre 1960 y 1980, los y las antropólogas del Norte Global empezaron a dedicarse a «sus propias» sociedades. Entonces, asumieron la marginación social de las personas mayores como una realidad tácita. En otras palabras, cuando empezaron a dedicarse a las sociedades en las que vivían, lo hicieron naturalizando la marginación social del envejecimiento. Como consecuencia, las personas mayores fueron construidas como un otro interno de las sociedades de los y las investigadoras (una *alteridad interna*) en la antropología de la modernidad. Sus investigaciones, básicamente, buscaban dar solución a aquello que designan como «los problemas de integración» de la gente mayor a la modernidad urbana capitalista.

Ambos marcos analíticos —el «clásico» y el «moderno»— apuntan al esfuerzo etnocéntrico por comprender la otredad desde la construcción de categorías que permiten la instalación y reproducción de alteridades jerarquizadas. Consecuentemente, se confirma nuestra hipótesis de partida respecto a la existencia de un entroncamiento entre la construcción del concepto de alteridad y etnicidad en la antropología, y las visiones naturalizadas en la disciplina en relación con los ciclos vitales y las funciones sociales de las personas en ellos.

Por otra parte, también vimos en el capítulo 2 la emergencia de perspectivas críticas anglófonas (a partir de 1980) enfocadas en cuestionar el discurso homogeneizante sobre la vejez, planteándola como un fenómeno heterogéneo y en el cual las personas mayores tienen un papel activo (una *alteridad reflexiva*). Esta última línea establece que la perspectiva antropológica acerca del envejecimiento debe evitar observar los procesos vitales como si fueran etapas

lineales y consecutivas. Muestra, además, que muchas de las teorías y enfoques propios de las escuelas clásicas, y de la teoría de la modernidad, se superponen, disputan y rebasan. Así, la interpenetración entre fases y ciclos, en los procesos vitales de las personas, tienen un paralelo con las interpenetraciones argumentales entre las teorías antropológicas que buscaron analizar estos fenómenos.

En el capítulo 3, la revisión de las obras brasileñas, mexicanas, argentinas y chilenas, desde 1990, permite establecer otros tres elementos importantes respecto de los estudios del envejecimiento en estos países latinoamericanos.

Primero, si bien el campo disciplinario no se consolidó en la mayor parte de ellos hasta los 90, actualmente esta producción antropológica asume la importancia del envejecimiento para comprender las relaciones intergeneracionales, de parentesco, de autoridad y las formas de distribución social del poder. Los estudios de este campo establecieron que la edad se configura como una construcción cultural, y que no todos los grupos sociales asumen el envejecimiento como un problema. De este modo, el envejecimiento suele estar catalogado como un proceso biológico del ciclo vital, pero la vejez es una significación y, consecuentemente, son las construcciones sociales las que permiten clasificar lo que es o no viejo, dependiendo de las condiciones, funciones y de los procesos de alterización en boga en cada contexto. Además, las nociones de ciclo vital también son influenciadas y comprometidas por otras construcciones sociales. A través de estas reflexiones, los estudios relacionados con el envejecimiento, publicados desde los 90 en los países latinoamericanos revisados, establecieron un campo específico de análisis antropológico, ejerciendo una crítica respecto de las dimensiones culturales y sociales del fenómeno.

Segundo, estos trabajos permiten cuestionar ciertas naturalizaciones de los roles y significados de la vejez, planteando sus heterogeneidades configurativas en diferentes contextos sociales de cada país. Esta heterogeneidad responde también a la diversificación de temas, abordajes y metodologías empleadas por los y las cientistas sociales de Brasil, Argentina, México y Chile desde los 90.

Tercero, hasta los 90, la visión acerca de la vejez estaba enfocada especialmente en el rol de los hombres mayores y su relación con la autoridad y el estatus. Ensanchando esta mirada, los estudios del presente siglo exploran ya no solamente la diversidad de la experiencia de la vejez entre sociedades, etnias, clases o géneros distintos, sino que indagan cómo los agentes van negociando, resignificando y resistiendo las significaciones y determinaciones sociales. En conjunto, estos estudios nos invitan a repensar el envejecimiento como una realidad en disputa.

Ahora bien, cuando contrastamos todos estos debates, emergen al menos dos grandes reflexiones de cara al futuro. La primera alude a la necesidad de incorporar perspectivas de género al estudio antropológico del envejecimiento. Los estudios «clásicos», modernos y contemporáneos que revisamos demuestran —de diferentes maneras, claro está— que el envejecimiento es dramáticamente distinto para hombres, mujeres y para las personas que no se autoadscriben a estos géneros. El proceso de envejecer es interseccionalmente impactado por una multiplicidad de factores que potencian (y definen) los tipos de vulneración a las cuales las personas están expuestas en esta etapa de la vida. Pese a todos los avances antropológicos por implementar una perspectiva crítica de género, en los estudios respecto del tema, en las últimas tres décadas, las necesidades y fortalezas de las mujeres mayores y de las diversidades sexuales siguen subrepresentadas en las investigaciones. Desde nuestra perspectiva, esta persistente marginación se refiere al hecho de que las mujeres mayores y diversidades sexuales siguen vinculadas (en los discursos públicos, en la academia y más allá de ella) a una situación de dependencia, desventaja y devaluación. Estas personas configuran, persistentemente, un «sujeto subalterno» para el pensamiento antropológico. El reconocimiento crítico de la condición de subalternidad de las mujeres y diversidades sexuales mayores demanda, de los estudios antropológicos, la capacidad de articular diferentes posturas críticas para ir más allá de la naturalización de persistentes procesos simbólicos y materiales de marginación.

La segunda reflexión es de carácter metodológico. La solución de esta «deuda» de la antropología con el envejecimiento femenino, y de los géneros no masculinos, implica que avancemos hacia una perspectiva feminista desde abajo. Se trata de una perspectiva atenta a la contradicción de la figura de autoridad de las investigadoras, y también a los matices políticos del proceso de constitución de las subjetividades entre las personas estudiadas.

Por lo mismo, tendríamos que avanzar hacia formas específicas de práctica etnográfica, si queremos ser capaces de restituir la centralidad de la agencia de las personas mayores en general y, especialmente, de los géneros no masculinos. Estas formas deberían estar centradas en restituir el carácter contextual, parcial y situado del conocimiento científico, sin dejar de atender al carácter políticamente comprometido socialmente del quehacer etnográfico.

Estos desafíos teórico-metodológicos abren nuevos campos de contribuciones, que constituyen una «ventana abierta» a las nuevas generaciones que se dediquen a estos temas desde la antropología.

Como no podría dejar de ser, cerramos esta guía precisamente invitando a estas nuevas generaciones a aventurarse en este «viaje al futuro», que es la investigación acerca del envejecimiento.

Autoras y Autor

Esteban Nazal

Es licenciado en Antropología Social por la Universidad de Chile. Profesor colaborador en el Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado. Sus principales temas de investigación son la migración, fronteras, violencia y producciones audiovisuales. Su última publicación es el artículo «Género, sexualidad y relaciones afectivas de Mujeres Aymara Bolivianas en Arica (Chile)», escrito en coautoría con Eleonora López y Lina Magalhães y publicado en 2022 por Papeles de Trabajo, Revista del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural (Universidad Nacional de Rosario, Argentina). *Email*: enazalmoreno@gmail.com. Orcid: https://orcid.org/0000-0001-7172-7221.

Herminia Gonzálvez Torralbo

Es licenciada en Trabajo Social por la Universidad de Alicante (España). Antropóloga Social y Cultural por la Universidad Miguel Hernández (España). Máster en Migración, Refugio y Relaciones Intercomunitarias por la Universidad Autónoma de Madrid, y doctora en Antropología Social y Diversidad Cultural por la Universidad de

Granada (ambos en España). Actualmente trabaja como académica e investigadora en la Universidad Central de Chile. Sus principales temas de investigación son las desigualdades de género y parentesco en la migración y en la organización social y moral de los cuidados en el proceso de envejecer. Entre sus libros más recientes destaca *Las trincheras de los cuidados comunitarios. Una etnografía sobre mujeres mayores en Santiago de Chile*, coeditado con Menara Guizardi y publicado en 2021 por la editorial de la Universidad Alberto Hurtado (Chile). *Email*: herminiagonzalvez@gmail.com. Orcid: https://orcid.org/0000-0002-4929-2521.

Menara Guizardi

Es licenciada en Ciencias Sociales y posgraduada en Ciencias Humanas y Desarrollo Regional por la Universidade Federal do Espírito Santo (Brasil). Máster en Estudios Latinoamericanos y doctora en Antropología por la Universidad Autónoma de Madrid (España). Entre 2016 y 2018 realizó su primer posdoctorado en antropología social, con la beca del Colegio Doctoral de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). Entre 2018 y 2020 realizó su segundo posdoctorado, con la beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET), estando vinculada a la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Actualmente es investigadora adjunta del CONICET (Argentina) y es, además, investigadora externa de la Universidad de Tarapacá (Arica, Chile). Sus principales temas de investigación son las fronteras, género, migraciones, relaciones interétnicas, racismo y exclusión social. Su libro más reciente es *Ultra-Intensity Patriarchy. Care and Gender Violence on the Paraná Tri-Border Area* (Springer, 2021). *Email*: menaraguizardi@yahoo.com.br. Orcid: https://orcid.org/0000-0003-2670-9360.

Este libro se terminó de imprimir
en Santiago de Chile,
mayo de 2023

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce
el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente
el papel necesario para su producción, y se aplicaron
altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos
en toda la cadena de producción.